ENRIQUE JARDIEL PONCELA

# Margarita, Armando y su padre

COMEDIA HUMORISTICA

PARCTLONA

Cubierta

de

este

número:

Milagros

Leal

en

Margarita,

Armando

y

su

Padre

6726

# MARGARITA, ARMANDO Y SU PADRE

MERLO.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

# MARGARITA, ARMANDO Y SU PADRE

COMEDIA HUMORÍSTICA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL

*Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el día 17 de abril de 1931.*

DIBUJOS DE
MERLO

LA FARSA

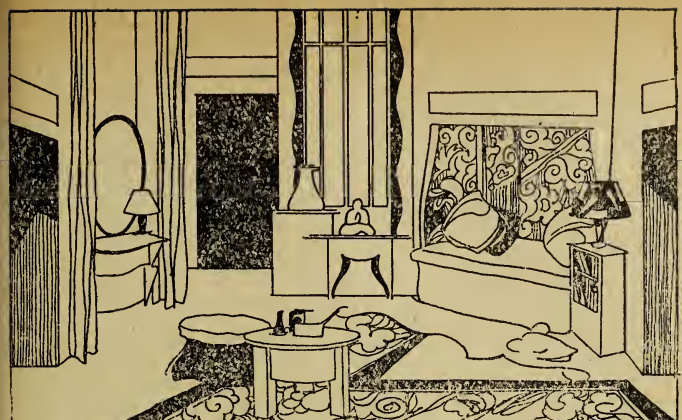
AÑO V | 13 DE JUNIO DE 1931 | NÚM. 196
MADRID

# REPARTO

| PERSONAJES | INTERPRETES |
|---|---|
| *Margarita* | Srta. Milagros Leal. |
| *Julia* | Sra. María Mayor. |
| *Flora* | " Donnay. |
| *Cristina* | Srta. Luisa Noriega. |
| *Maruja* | " Julia Galán. |
| *Luz de Bengala* | " Elvira Noriega. |
| *Lolita* | " Carmen González. |
| *Justina* | " Carmen de Toledo. |
| *Pamplinas* | Sr. Pedro Zorrilla. |
| *Armando* | " Salvador Soler Marí. |
| *Antoñito* | " Mariano Azaña. |
| *Landaluce* | " Antonio Riquelme. |
| *Román* | " Andrés Tobías. |
| *Marcial* | " Casimiro Hurtado. |
| *Ceferino* | " Manuel Gutiérrez. |
| *Orgaz* | " Antonio Rodríguez. |
| *Manolo* | " Manuel Ortiz. |

El primer y tercer actos en Madrid; el segundo en una casa en el campo y el cuarto en una playa de moda.

Derecha e izquierda las del actor.



# ACTO PRIMERO

El gabinete de una entretenida de fama, no de muy buena fama, pero de fama al fin. Este gabinete, que es una mezcla de "boudoir" y de saloncito está puesto con un lujo un poco excesivo y en él existen detalles que denuncian claramente, al primer golpe de vista, la casa sostenida por uno de esos señores, entusiastas de la belleza, que se dedican a sostener casas de chicas bonitas. Dichos detalles son varios, por ejemplo: en las paredes cuelgan, guarnecidas con marco y cristal, multitud de fotos de artistas de music-hall con dedicatorias muy expresivas, tan expresivas como las fotos mismas; en un rincón se alza, naturalmente, un diván turco repleto de almohadones, y cubriendo el diván y trozos de pared hay zarapes mejicanos, esas exóticas telas de adorno que, con sus colores combinados sin orden, parecen fabricadas exclusivamente para casas de vida desordenada; en el suelo, pieles, puede que incluso legítimas; colocado de remate de algún mueble, un Buda, que sirve de pebetero, pero que es probable que nunca haya servido para ello; donde no estorbe, una mesita con servicio de tabaco, y adosada a la pared, una librería enana de la que asoman lomos de novelas sentimentales y fajos de revistas ilustradas; en el costado de la derecha, un tocador chiquito provisto de una gran luna ovalada, ante la cual es indudable que se da siempre los últimos toques la dueña de la casa, cuando se dispone a salir a la calle. Lámparas. En el foro izquierda, ventanal practicable. A la derecha, una puerta; otra en la izquierda, ambas dan acceso a otras habitaciones. Y en el foro derecha, una tercera puerta que se abre sobre un pasillo. Al levantarse el telón las luces están apagadas, a excepción de una lamparita de mesa que esparce una claridad suavísima. Se comprende, pues, que es de noche. En efecto, acaban de dar las cuatro de la madrugada.

669199

*(En escena, sentada, y de bruces sobre un almohadón colocado en la mesita, LOLITA, una doncella joven, duerme tranquilamente. Hay una pequeña pausa y en la calle suenan palmadas. Una voz de mujer llama al sereno y una voz de hombre repite la llamada. A continuación se oye otra vez la voz de mujer que grita: ¡Julia! ¡Julia! Otra breve pausa. Lolita continúa durmiendo sin moverse. Entonces, por el foro izquierda sale JULIA y enciende las luces. Julia, ama de llaves y confidente, es una mujer de unos cuarenta años, que todavía se conserva guapa y en buen uso. Al encenderse las luces Lolita se despierta.)*

LOLITA.—¿Qué pasa?

JULIA.—Que están llamando.

LOLITA.—¿Que están llamando?

JULIA.—Sí, rica, sí.

LOLITA.—Pues yo no he oído nada.

JULIA.—Como que con las narices chafadas en el almohadón no hay quien oiga. *(En la calle se oye gritar ¡Julia! nuevamente.)* No llaman, ¿verdad?

LOLITA.—Será la señorita.

JULIA.—No. La señorita no es.

LOLITA.—A que sí es la señorita, ¿vamos? *(Abren el ventanal y se asoman.)*

JULIA.—*(Dirigiéndose a los que se supone que están en la calle.)* ¡Ahora baja la chica, señorita Flora! *(Cerrando el ventanal.)* ¿Te convences de que yo sé lo que me digo, visión?

LOLITA.—Pues si me hacen jurar habría jurado que era la señorita...

JULIA.—Lo creo. Anda, coge la llave y baja a abrir Y ponte bien esa cofia...

LOLITA.—¿También la cofia? ¡No sé qué tiene la cofia!

JULIA.—Que la llevas torcida y parece que te la has puesto pa taparte un chichón.

LOLITA.—¡Torcida! ¡Pues si me hacen jurar habría jurado que la llevaba bien!

*(Se va por la izquierda. Por foro izquierda sale ROMAN. Es el sereno de la calle, viene silbando, con la gorra a medio poner, apoyada en la nariz, con el capote echado al hombro y acabando de ceñirse el cinturón de las llaves, circunstancias que nos hacen suponer que hace rato que está pasando la velada en la casa.)*

JULIA.—*(A Román.)* Y tú, lárgate, que vienen.

ROMAN.—Estaba en ello. Echame una mano, haz favor. (*Julia le ayuda a ponerse el cinturón.*) ¿Qué hora es?

JULIA.—Las cuatro han dao hace rato.

ROMAN.—¿Na más que las cuatro? ¡Mira que las cuatro na más! Es mala suerte tener que dejar el confort cuando más se lo pide a uno el cuerpo... ¡También tu señorita no sé qué tiene que hacer en casa a las cuatro de la mañana! Se podía haber esperao a las seis y...

JULIA.—No es mi señorita la que viene.

ROMAN.—Pues ¿quién es?

JULIA.—Flora, la "sentimental". Y... ¡su novio!...

ROMAN.—¡Ahí va! Entonces es que han acabao otra vez y están de bronca.

JULIA.—Seguro. Y se meterán aquí, como siempre que dicen que han acabao, pa tirarse cacharros con toda libertá y pa que luego los arregle mi señorita.

ROMAN.—¿A los cacharros?

JULIA.—A ellos. Los cacharros los dejan que no tienen arreglo.

ROMAN.—Pues tampoco ellos lo debían de tener.

JULIA.—¿Por qué?

ROMAN.—Porque están como dos cacharros.

JULIA.—Bueno; déjate de bromas y lárgate.

ROMAN.—Echame otra mano, anda. (*Julia le ayuda a ponerse el capote.*) Oye, una curiosidad... La Flora y su novio, ¿cuántas veces se pelearán al cabo del mes?

JULIA.—Unas treinta y ocho, calculo yo.

ROMAN.—¡Pobrecillos! Los veo casaos.

JULIA.—Eres un vengativo, Román.

ROMAN.—No me digas eso, que me desilusionas.

JULIA.—¿De veras? ¿Y qué quieres entonces; que te regale el oído?

ROMAN.—El oído te puede hacer falta. Regálame los pendientes.

JULIA.—Son un recuerdo.

ROMAN.—¿Y por qué no pruebas a perder la memoria?

JULIA.—Por no olvidarme de ti.

ROMAN.—Tienes respuesta pa todo. Oye, entonces, mira a ver si hay por ahí una cajetilla de *egicios.*

JULIA.—(*Mirando en la mesita.*) Hoy no hay *egicios;* si te hacen *adulas*...

ROMAN.—Me hacen; ya conoces mi lema: "adula y vencerás"...

JULIA.—Ya, ya sé que no eres más que un cobista.

ROMAN.—Y un enamorao.

JULIA.—¿De mí?

ROMAN.—Tú dirás... Lo nuestro estaba escrito desde antes de inventarse las estilográficas. Nos ha juntao el destino y el cargo.

JULIA.—¿El cargo también?

ROMAN.—¡A ver si no es nacer el uno pa el otro; una ama de llaves y un sereno!

JULIA.—(*Con un empujón cariñoso.*) ¡Qué cerrojo eres!

LOLITA.—(*Por la izquierda.*) Doña Julia: que no encuentro la llave.

JULIA.—¿Ahora salimos con esas, chica?

ROMAN.—Déjate, que ya abriré yo y...

JULIA.—Pero, ¿cómo vas a abrir tú, pa que se enteren de que estabas aquí dentro?

ROMAN.—¡Es verdá! Lo que son las cosas... Al que se le diga que el único que puede chocar que abra el portal es el sereno...

JULIA.—Anda y mira en la cocina, mujer, que la llave la dejé yo colgada detrás de la puerta.

LOLITA.—Pues si me hacen jurar, habría jurado que la llave la dejó en el comedor. (*Se va por la izquierda.*)

ROMAN.—La verdá es que el día que alguien le haga jurar a esa chica va a la cárcel pa siempre.

JULIA.—Y tú, en cuanto ella baje a abrir, te largas por la escalera de servicio.

ROMAN.—Descuida, que yo estos líos los domino. ¿Tienes cerillas?

JULIA.—Sí.

ROMAN.—Pues, anda, ilumíname... (*Julia le enciende el farol del estómago.*) Siempre que te veo así me recuerdas a Agustina de Aragón encendiendo la mecha del cañón contra los franceses.

JULIA.—¡Cuidao que eres idiota!

ROMAN.—Haberme llamao mameluco, que es más de la época.

JULIA.—Y ahora, el pitillo... (*Le enciende el pitillo.*) ¡Y quéjate!

ROMAN.—No. Si no me quejo. Después de todo y bien mirao, este oficio está siendo mi paraíso y tú mi ángel de la guarda. Porque es verdad que entre las tres calles sólo reúno cinco casas, pero ¡vaya casas chipén, Julia, que registras las cinco de arriba abajo y no encuentras una persona decente ni por chamba!

JULIA.—Eso es verdá. Yo no sé qué nos pasa en este barrio.

ROMAN.—Donde no viven tanguistas, viven verdaderas damas, así como tu señorita, que yo las llamo "la aristocracia del film", porque no cantan ni bailan, sino que tienen amistad con un señor de Bilbao. Y como además del de Bilbao siempre conocen algún otro de Logroño o de Zaragoza, y todos dan propinas fastuosas, pues es hincharse.

JULIA.—Como que tú ya tienes gato...

ROMAN.—Y estoy camino de tener tigre. Y es que hay que dejarse de historias; les personas decentes, pa el gobierno del Estao, porque lo que es pa los serenos...

JULIA.—Desde luego.

LOLITA.—(*Saliendo por el foro izquierda con la llave; abre el ventanal y se dirige a los que están en la calle.*) Ahí bajo, señorita Flora. (*Cierra y se va por el foro derecha.*)

ROMAN.—Mientras que las personas que no son decentes, pues salen a diario y nadie te molesta en toda la noche, porque nadie vuelve a dormir hasta la madrugá. Y ahora llega uno y te pregunta si ha llegao otro, que siempre es de más edad que el uno... Y luego sale el uno y te dice si has visto al otro, y como tú te haces el idiota respezto al otro y al uno, pues percibes del uno y del otro. ¡En fin! Que yo en materia de personas, pues voto por las que no son decentes.

JULIA.—(*Acercándose al foro para oír si suben.*) Cada cual vota por los suyos.

ROMAN.—¡Cabal! Porque, vamos a ver... si tú fueras decente, ¿iba yo a pasar las veladas aquí?

JULIA.—¡Claro que no!

ROMAN—Y si tu señorita fuera decente...

JULIA.—A mi señorita la vas a dejar en paz, ¿sabes?

ROMAN.—Pero ¿la ofendo yo? ¿Que dicen que hay un señor? Pues en todas las casas hay un señor, se le llame marido o se le llame don Ernesto... ¿Que todo Madrid la conoce? Pues lo mismo le ocurre a Ramón y Cajal y es un sabio. ¿Pero ofenderla yo cuando me estoy fumando sus adulas?

JULIA.—¡Ya suben! ¡Hala, lárgate! ¿Vendrás mañana?

ROMAN.—Es no conocerme... (*Iniciando el mutis.*) Oye, a propósito... echa un vistazo al comedor al salir. Porque si hubiera una medianoche pa tomármela a media tarde...

JULIA.—Chico... ¿Sabes que pides más que un húngaro?

(*Se van foro izquierda. Por el foro derecha salen LOLITA, ANTOÑITO y FLORA. Flora es una mujer guapa, sin llegar a la belleza, y bien vestida, sin llegar a la elegancia. En cambio, mentalmente tampoco llega a la inteligencia. Antoñito cuenta alrededor de los veinticinco años; es avispado y simpático y se ve que procede de una buena familia. Traen los dos cara de no ser demasiados felices. Entran sin decir palabra, mirándose con odio. Flora se deja caer en una butaca donde permanece con los ojos fijos en la alfombra.*)

LOLITA.—(*Después de una pausa.*) ¿Quieren los señoritos que avise a doña Julia?

FLORA.—(*Secamente.*) No.

ANTOÑITO.—(*Secamente.*) No. (*Otra pausa.*) Esperaremos hasta que venga la señorita Margarita.

FLORA.—Sí. Esperaremos hasta que venga.

LOLITA.—Bueno, señoritos. (*Se va por el foro izquierda. Quedan solos con su drama. Otra pausa. De pronto Antoñito se levanta echando chispas.*)

ANTOÑITO.—¡Maldita sea, hombre! (*Agarra un jarroncito de encima de un mueble y lo estampa en el suelo haciéndolo trizas. Flora, sin decir nada, coge una figurita que hay cerca del diván y la estrella también. Antoñito se pasea hablando solo.*) ¡Que así no hay quien viva ni quien aguante! ¡Que es uno un belorcio y nada más que un belorcio. Si no me valiera más que... (*Coge otro cacharro y lo hace polvo. Flora, siempre sin hablar agarra un platito de cristal y lo convierte en puré. Entonces por la izquierda entran JULIA y LOLITA llevando de las asas un cesto de los que se utilizan para poder poner la ropa recién planchada. Recorren la escena quitando todos los objetos rompibles que la adornan y metiéndolos en el cesto se van por la derecha.*)

JULIA.—(*En el mutis.*) Y ahora si quieren romper cacharros, que se vayan a la verbena. (*Al quedar solos nuevamente Flora y Antoñito se miran estupefactos; parece que van a decirse algo, pero como están enfadados no se dicen nada y vuelven a las actitudes que adoptaron en el comienzo de la escena.*)

ANTOÑITO.—(*Después de otra pausa y encarándose con Flora.*) ¡Y en cuanto abran los portales, te vas con tu madre!

FLORA.—¿Con mi madre?

ANTOÑITO.—Bueno; con esa señora bizca que presentas como tu madre...

FLORA.—¡Pues claro que me iré! Y tan contenta... Y tú te quedarás solo, rabiando.

ANTOÑITO.—¡Ahí va rabiando! El día que yo me quede solo organizo festejos populares, con cucañas, bailes públicos y rifa de un Ford. ¡Pues así que no tengo ganas de!...

FLORA.—Por supuesto, que lo que tú andas buscando es que yo llore, que es lo único que te alegra... Y si andas buscando eso ¡vas arreglado! (*Llorando a lágrima viva.*) ¡Porque si te figuras que voy a llorar yo! (*Antoñito, que al verla llorar se ha puesto efectivamente alegre, se levanta y se pone a silbar, paseándose por la escena y deteniéndose de vez en cuando a ver las fotografías de las paredes. Flora seca sus lágrimas con ira y le increpa furiosa.*) ¡Creminal!

ANTOÑITO.—(*Deteniéndose en seco.*) ¿Cómo has dicho? (*Yendo hacia ella.*) ¡Repite eso!

FLORA.—¡Creminal!

ANTOÑITO.—(*Comiéndosela con los ojos.*) ¡Dilo otra vez!

FLORA.—(*Con cierto miedo, pero firmemente.*) ¡Creminal!

ANTOÑITO.—(*Tranquilísimo.*) Lo dices mal siempre. Se dice criminal.

FLORA.—(*Estallando en llanto de nuevo.*) ¡Ay, Dios mío, qué canalla tan grande!

(*Antoñito se sienta otra vez en su butaca. Una breve pausa, al final de la cual el muchacho ha vuelto a ponerse cejijunto e irritado.*)

ANTOÑITO.—¡Y aguante usted esto un día y otro día! ¡Y pásese usted las noches en claro, porque la niña no está visible hasta las cuatro y pico de la madrugada.

FLORA.—(*Rabiosa a través del llanto.*) ¿Tengo yo la culpa de que el *cabaret* acabe a esa hora?

ANTOÑITO.—¡Y juéguese usted la herencia y el porvenir, porque la familia le mira a uno ya como si fuera un asesino de Chicago! ¡Y vaya a diario al *cabaret!* ¡Y aguante usted que ella alterne, que no sé por qué le llaman alternar a una cosa que es hacer siempre lo mismo! ¡Y gástese usted todas las noches diez y ocho pesetas en bebidas diferentes, que las debían despachar en la farmacia militar, para que al cabo de la velada, y cuando va uno a recoger el fruto de todos los sacrificios le diga a usted la niña: "Vete a casa a dormir, que yo he quedado citada en Los Burgaleses con unos ingenieros de minas."

FLORA.—¡Mentira!

ANTOÑITO.—Pero... ¿vas a tener el valor de decir que es mentira?

FLORA.—¡Mentira, sí! Porque los que me habían citado hoy eran unos arquitectos.

ANTOÑITO.—(*Levantándose otra vez y aplastándola con varios kilos de desprecio.*) Las he conocido idiotas, pero como tú, ni organizando un concurso...

FLORA.—Pues, hijo, si tan idiota soy, con buscarte otra que tenga acabada la carrera de maestra, en paz. Porque lo que es a mí... ¿Sabes lo que me basta hacer a mí para que los hombres caigan a docenas a mis pies?

ANTONITO.—Ponerles la zancadilla.

FLORA.—¡Decirles que he acabado contigo, para que lo sepas! ¡Que estás siendo mi ruina.

ANTOÑITO.—Jajá.

FLORA.—Sin jajá ni nada. ¡Pues así que no podía yo vivir como una reina y llevar un tren de lujo!

ANTOÑITO.—Un mixto, y gracias.

FLORA.—(*Levantándose también rabiosa y yendo hacia él.*) Pero, ¿es que cuando tú me conociste no tenía yo alhajas y vestidos? Vamos... contesta. ¿Y no tenía termosifón y aspirador eléctrico?

ANTOÑITO.—Sí, pero no funcionaban.

FLORA.—(*Despreciativamente.*) ¡Que no funcionaban! (*Volviendo al ataque.*) ¿Y vas a negar que don Emilio me había ofrecido comprarme un coche último modelo, con motor silencioso y cristales biselados?

ANTOÑITO.—Sí. Y con frenos en las ruedas de repuesto.

FLORA.—¡Pues a ver por qué dejé todo eso si no fué por ti!

ANTOÑITO.—Y porque a don Emilio se lo llevaron sus hijos una tarde a Ciempozuelos y lo encerraron en el Manicomio para siempre; que entonces me expliqué yo su conducta contigo.

FLORA.—¡Calumnias!

ANTOÑITO.—Serán calumnias, pero allí sigue el hombre dando saltos y diciendo que es el general Prim.

FLORA.—(*Sin hacer caso.*) Mientras que contigo... ¡a ver qué he sacado yo en limpio! Un poco de coba al principio, después broncas, y al final papeletas de empeño. Y encima aun hay que soportarle al nene que se ponga celoso y que la emprenda a bofetadas con los pocos amigos que le quedan a una... Y lo que pasa es que una no es como otras, sino que una tiene corazón, y es una sentimental... y... (*Haciendo pucheros*) como es una sentimental, pues le toma ley al primer "Gato Félix" que le sale al paso...

ANTOÑITO.—(*Saltando.*) ¡Oye! Eso de Gato Félix...

FLORA.—Te pica, ¿verdad? ¡Pues Gato Félix y Gato Félix!

ANTOÑITO.—(*Rabiando.*) ¡Que no me llames eso!

FLORA.—¡Gato Félix!

ANTOÑITO.—¡Flora, que te atizo!

(*Por la derecha sale JULIA seguida de LOLITA.*)

JULIA.—Pero ¿se puede saber cuándo van a acabar de dar voces, que no hay quien resista semejante escándalo?

ANTOÑITO.—¡Me está llamando Gato Félix, y eso no me lo dice a mí ni ella ni otra mejor que ella!

FLORA.—¡Gato Félix!

(*Suena un timbre que repiquetea insistente y se oye rumor de voces y risas de gente que llega.*)

ANTOÑITO.—¡Maldita sea, hombre! Yo la zumbo...

LOLITA.—¡La señorita!

JULIA.—¡Corra a abrir! (*Lolita se va por el foro. Sujetando a Antoñito.*) ¡Usté en esta casa no zumba a nadie! Y usté (*A Flora.*) cállese, que no sé qué pasa que siempre son ustedes las peores.

FLORA.—¿Voy a tragarme sus amenazas? ¿A santo de qué? Para una vez que tengo ocasión de decirle algo que le moleste, ¿me voy a callar? Gato Félix le he llamado, y Gato Félix le llamo.

ANTOÑITO.—¿La está usted oyendo? ¡Déjeme usted, Julia; maldita sea mi suerte! (*Se debate sujeto por Julia, y en vista de que no puede hacer otra cosa, le tira una bolea a un sillón.*)

MARGARITA.—(*Apareciendo en el foro.*) Pero ¿qué ocurre?

JULIA.—¿Qué quieres que ocurra estando aquí el *Rácing* y el *Athlétic*?

*(Margarita, que se halla alrededor de los treinta años, es fina, esbelta, gentilísima. Su belleza tiene esa gracia delicada que por sí sola basta para incluir a la mujer que la posee en el terreno de lo poético. Se mueve bien y viste con inteligente elegancia.)*

FLORA.—(*Echándose a llorar en sus brazos.*) ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA.—¡Pero, Antoñito, hombre! ¿Otra vez?

*(Antoñito se retira malhumorado a un rincón.)*

FLORA.—¡Es un verdugo, un verdugo, Margarita!

*(Detrás de Margarita, también en el foro izquierda, han aparecido LUZ DE BENGALA y MARUJA. La primera es una mujer de escandalosa hermosura, una de esas mujeres que no pueden salir a la calle a pie, porque hacen un nudo en la circulación. Maruja es una tanguista vulgar; las dos llevan también vestidos de noche y abrigos. Avanzan hacia Margarita y Flora.)*

LUZ.—¡Flora! ¿Qué es eso?

MARUJA.—¿Qué le pasa, chica?

FLORA.—(*Sollozando.*) ¡Que soy muy desgraciada! ¡Que quiero morirme!

*(Detrás de las mujeres, cerrando la marcha, ha entrado el resto de la pandilla, o sea PAMPLINAS, LANDALUCE, CEFERINO y ORGAZ. Pamplinas es un caballero de unos cincuenta años, elegante, muy corrido, corridísimo, casi galopado. Landaluce tiene treinta y cinco años; viste irreprochablemente y rezuma esa mezcla de cinismo y cansancio propia de los que han pasado la vida pensando en las cosas agradables. Ceferino ronda los cuarenta años, y es el hombre de negocios que de vez en cuando se mete en juerga. Estos tres personajes van de smoking, y Pamplinas, para decir toda la verdad, está bastan-*

*te borracho. En cuanto a Orgaz, se trata de un muchacho deportivo, sin nada dentro de la cabeza, de estos que se remojan a diario y hacen gimnasia en la piscina del "Madrid". Su piel está tostada por el sol, casi color marrón.)*

LANDALUCE.—(*A los demás.*) Señores: Tengo el gusto de comunicarles que hay mitin...

PAMPLINAS.—¡Huy, mitin, qué bien!

FLORA.—(*Siempre llorando.*) ¡Un verdugo! ¡Te digo que un verdugo, Margarita!

PAMPLINAS.—(*Avanzando y dando la mano a Antoñito.*) Una nutrida comisión de suscriptores de *Estampa* tiene la honra de saludar al verdugo...

LANDALUCE.—Lo mismo digo.

CEFERINO.—Me adhiero...

ORGAZ.—Repito, y siguen las firmas...

(*Los tres van dando la mano a Antoñito.*)

MARGARITA.—(*Llevándose a Flora al diván, detrás de cuyo respaldo queda Julia, seguida de Luz y Maruja.*) Vamos, criatura, ven aquí... ¿Qué ha ocurrido otra vez? ¿Habéis roto?

JULIA.—Cacharros es lo que han roto.

LUZ.—Se nota.

(*LOLITA, que entró detrás de los hombres, recoge del suelo los trozos de cacharros.*)

MARUJA.—(*Echando una mirada asesina sobre Antoñito.*) ¡Peste de hombres! ¡Les podían ir dando morcilla a todos!

LUZ.—A los hombres les das morcilla y los nutres...

JULIA.—Se ve que usté los conoce, señorita.

LUZ.—A seis kilómetros y en noche de niebla. (*Se pone a arreglarse sentada ante el tocador.*)

LOLITA.—(*A Flora.*) ¿Quiere la señorita que le traiga una taza de algo?

JULIA.—(*Aparte a Lolita.*) Mucho cuidado con traerle ninguna taza, que la estrella...

(*Lolita se va por el foro izquierda llevándose en el delantalito los trozos de los cacharros.*)

PAMPLINAS.—(*A Antoñito.*) Dispense, joven, que le vuelva a abrazar. Pero es que a mí los castigadores me entusiasman. (*Lo abraza.*)

LANDALUCE.—(*Apartándole.*) Anda, no seas pesado. Dicúlpele, Antoñito, porque está que se le sale el "whisky" por las solapas.

PAMPLINAS.—¿Pues no dice que se me sale el "whisky" por las solapas? ¡Pero hombre! Si se me saliera a mí el "whisky"

por algún sitio, ¿iba a llevar dentro todo el "whisky" que llevo?

CEFERINO.—En eso tiene razón.

PAMPLINAS.—*(Acercándose al tocador. A Luz.)* ¿Digo verdad, amor mío?

LUZ.—Pamplinas, acuéstate y no hagas más el fakir...

PAMPLINAS.—*(Acercándose a Orgaz, que está hojeando revistas en la librería.)* Orgaz, usted que es deportista, ¿digo verdad?

ORGAZ.—Sí, señor.

PAMPLINAS.—¿Qué busca usted?

ORGAZ.—Un periódico de hoy para ver lo que pasó ayer en el fútbol.

PAMPLINAS.—Pues va usted listo... Porque le advierto que en estas casas de muchachas frívolas, lo mismo que en las antesalas de los dentistas, no hay más que periódicos atrasados.

FLORA.—*(Que estaba explicando lo ocurrido.)* Le llamé criminal y me dijo que no se decía así. Y entonces yo le contesté que es la causa de mi ruina, y él me replicó que jajá.

MARUJA.—¿Y eso qué es?

PAMPLINAS.—*(Que se ha acercado al grupo.)* A lo mejor es que se reía.

FLORA—Eso era, sí, señor. Pero cuando le llamé Gato Félix, entonces se puso como una hiena.

LANDALUCE.—*(A Antoñito.)* Pero, hombre, ¿y usted se ofende por que le llamen Gato Félix? *(Se retira a fumar a un sillón.)*

PAMPLINAS.—*(Acercándose a Antoñito.)* A mí, que soy senador y he sido ministro dos veces, me llama mi novia Pamplinas, y si no me lo pongo en las tarjetas es por miedo a que me contrate la Metro Goldwyn.

ANTOÑITO.—*(Rabioso.)* Lo de menos es lo de Gato Félix. Lo de más es lo otro.

PAMPLINAS.—¿Y qué es lo otro?

ANTOÑITO.—Lo demás.

PAMPLINAS.—Ya lo había oído.

ANTOÑITO.—El que todas las noches tenga "combinación" a la salida del *cabaret*. ¡Eso es lo que no aguanto, ea!

LUZ.—*(Volviéndose de espaldas al tocador y encarándose con Antoñito.)* ¿Pero qué va a hacer la muchacha, si tú no la das más que disgustos, y ella tiene que vivir?

MARUJA.—¡Naturalmente! ¿Qué va a hacer?

PAMPLINAS.—Que ponga un estanco.

LUZ.—Mira, Pamplinas, cállate y tengamos la fiesta en paz.

ANTOÑITO.—¡Que haga lo que quiera, pero yo eso no se lo aguanto, porque antes la dejo plantada, y me meto en casa a estudiar!... ¡Y acabo la carrera!

PAMPLINAS.—Joven, no piense usted locuras.

MARGARITA.—*(Levantándose del diván y llevando consigo a Flora.)* Bueno, se terminaron los jaleos; desde mañana Flora irá a una academia de baile; yo pago las lecciones...

FLORA.—¡Margarita!

MARGARITA.—Y cuando esté en condiciones, tú, Luz, te encargarás de que la contrate tu empresario. ¡Y a vivir sin líos!

FLORA—*(Besándola.)* ¡Eres un ángel!

MARGARITA.—Y ahora, para empezar, vais a hacer las paces.

FLORA.—¿Yo con ese?

ANTOÑITO.—¿Hacer las paces yo, después de haber regañado?

PAMPLINAS.—¿Pero cómo quiere usted hacer las paces antes de regañar?

*(Antoñito baja la cabeza, sin saber qué contestar.)*

CEFERINO.—*(A Pamplinas.)* Lo ha dejado usted pensativo.

MARGARITA.—¡Vamos! Un par de besos y...

FLORA.—¿Un par de besos a ese? ¡Como me llamo Flora que primero se los doy al sereno!

JULIA.—*(Saltando sin poder contenerse.)* ¡¡Se libraría usted muy bien!!

FLORA.—*(Estupefacta.)* ¿Eh?

MARGARITA.—¿Qué dices, Julia?

JULIA.—Que... No, nada... que... que si quieres que haga café o que sirva unas copitas.

MARGARITA.—¡Ay, sí! Mira... *(Quedan hablando aparte.)*

ANTOÑITO.—*(Acercándose a Landaluce, que fuma sentado en un sillón junto al tocador.)* ¿La ha oído usted, don Narciso?

LANDALUCE.—¿A quién? ¿A Flora? Sí.

ANTOÑITO.—¿Y qué le parece? ¿Qué le parece la niña?

LANDALUCE.—Que es Flora, pero debía de ser Fauna.

ANTOÑITO.—*(Maravillado de la frase.)* ¡Sopla! Eso sí que está bien. En la primera bronca que tengamos se lo suelto.

MARGARITA.—¿Café para todos?

VARIOS.—¡Sí, sí, café!

PAMPLINAS.—Para mí, no, Margarita.

MARGARITA.—Te advierto que el café que hace Julia es riquísimo.

PAMPLINAS.—¿Sí?

MARGARITA.—Estupendo.

PAMPLINAS.—Bueno, bueno. Pues entonces, que me traigan coñac.

*(Ríen todos.)*

LUZ.—*(Levantándose del tocador.)* Pamplinas, lo que vas a hacer tú es tumbarte en algún sitio hasta que se te pase el tablón.

PAMPLINAS.—El tablón... ¡Vaya una manera de expresarse! (*Se tumba en un sillón de la izquierda y al rato duerme.*)

LUZ.—Julia, te ayudo a lo del café. (*A Margarita, aparte y refiriéndose a Pamplinas.*) Acuéstamelo, mujer, antes de que venga Manolo, que si no me va a chafar hoy el plan...

MARGARITA.—(*Sonriendo indulgente.*) Bueno, haré lo posible. (*Va hacia el tocador y se sienta a su vez.*)

JULIA.—(*A Luz, en el mutis.*) Pero, oye... ¿sabes que me extraña eso de que os deis tanta coba esta noche?

LUZ.—Es que va a venir a buscarme Manolo para irnos a Villalba en el coche. Y va a traer un chico nuevo que está enamorado de Margarita. Ya te contaré ¡Te vas a reír!

(*Se van ambas por el foro.*)

LANDALUCE.—(*A Margarita insinuante.*) Margarita, si yo tuviera tu cara, no podría mirarme al espejo sin piropearme.

MARGARITA.—Lo creo. Pero es que tú te llamas Narciso...

(*Ríe.*)

LANDALUCE.—Me desarmas siempre.

MARGARITA.—Pues aprende esgrima, criatura. A un hombre rico, como tú, la esgrima le es imprescindible.

LANDALUCE.—¿Para enamorar mujeres?

MARGARITA.—Para parar sablazos.

(*Ríe otra vez; siguen hablando aparte.*)

CEFERINO.—(*Abandonando a Landaluce, con quien estaba, y dirigiéndose al diván donde está Maruja y Flora. A Maruja, sentándose a su lado.*) ¿Se aburre usted?

MARUJA.—Por no variar.

CEFERINO.—¿Cómo se llama usted?

MARUJA.—Creo que Maruja.

CEFERINO.—¿De dónde es usted?

MARUJA.—Del mundo.

CEFERINO.—¿Tiene novio?

MARUJA.—¿Me vas a empadronar? Mira, deja el Ripalda y trae dos pesetas.

CEFERINO.—(*Dándoselas.*) ¿Para qué?

MARUJA.—Para el lavabo. (*Se levanta y hace mutis foro izquierda tarareando.*) ¡Al Uruguay, guay!... ¡Yo no voy, voy!... (*Mutis.*)

CEFERINO.—(*Perplejo.*) Pues no lo entiendo. (*Volviéndose a Flora.*) ¿Lo entiende usted?

FLORA.—(*Levantándose y abandonándole despreciativamente.*) ¡Valiente pasmao! (*Se acerca a Orgaz que sigue revolviendo periódicos.*) ¿Qué haces, Caobo?

ORGAZ.—Buscar la reseña del fútbol.

FLORA.—(*Muy melosa para hacer rabiar a Antoñito.*) Oye,

Caobo, explícame cómo te las arreglas para tener ese color de piel tan bonito...

ORGAZ.—Muy fácilmente... Por las mañanas me subo a la azotea, me desnudo, me tumbo al sol, y... (*Siguen hablando aparte.*)

ANTOÑITO.—(*Furioso.*) ¡Pues no está queriendo darme achares! (*Cogiendo por un brazo a Ceferino.*) ¡Venga usted, maldita sea, que si no me marcho, mato a uno! ¡Venga usted!

CEFERINO.—¿Pero a dónde vamos?

ANTOÑITO.—¡A la cocina! ¡Donde sea! ¡Y usted a callar! (*Se lo lleva casi en volandas por el foro izquierda.*)

FLORA.—(*Aparte.*) ¡Así! ¡Que rabie! ¡Se va echando chispas! (*Se va con Orgaz por el foro izquierda.*)

LANDALUCE.—(*A Margarita.*) Hace un año que vengo inútilmente detrás de ti, Margarita...

MARGARITA.—Un año y seis días.

LANDALUCE.—¿Cuándo vas a consentir?

MARGARITA.—Nunca.

LANDALUCE.—Margarita: yo te quiero.

MARGARITA.—Y yo te lo agradezco.

LANDALUCE.—¿Es que quieres tú a otro?

MARGARITA.—Landaluce: el amor es una mentira.

LANDALUCE.—Lo cual no impide el que hayas aceptado con júbilo la idea de conocer a ese muchacho de que te hablaba Luz en el "cabaret..."

MARGARITA.—Pura diversión.

LANDALUCE.—¿Pura?

MARGARITA.—Bueno, pues impura, me es igual. Pero dime tú si no tiene gracia... Ese chico está enamorado platónicamente de mí..., y agárrate: ¡se llama Armando!

LANDALUCE.—¿Y qué?

MARGARITA.—¿No caes, bobo? El, Armando. Yo, Margarita. El, enamorado e ingenuo. Yo..., ¡pero para qué te voy a decir a ti lo que soy yo! Conocerle, hablarle, ¿no es resucitar la historia de "La dama de las camelias"? El buen muchacho y la cortesana... La pasión arrolladora que surge... El padre de él que se opone a los amores. La cortesana que se sacrifica y abandona al muchacho para no comprometerle el porvenir y que luego muere en sus brazos... ¿No es divertido? Para que no falte nada, también este Armando tiene un padre, según parece, muy rígido. Y a mí me dijo ayer el médico que tendré que irme en el verano a la Sierra; un catarrito mal curado..., ¿comprendes? (*Ríe.*) ¡Ay, Landaluce! La vida es muy aburrida y sin estas cosas acabaría uno por ponerle fin a todo en un momento de demasiado asco.

LANDALUCE.—¿Y Armando va a llegar?

MARGARITA.—Lo trae Manolo, que viene a buscar a Luz para hacer una calaverada a espaldas de Pamplinas... Y, chico, no te lo oculto: estoy deseando que llegue porque vamos a reirnos, ¡Ya verás!...

LANDALUCE.—Lo que voy a ver es que si el nuevo Armando le gusta a la nueva Margarita, se repetirá la vieja historia de Margarita y Armando.

MARGARITA.—¡Qué bobada! Los tiempos son otros... Y yo no creo en el amor...

LANDALUCE.—¿Ni en el mío?

MARGARITA.—Menos que en ninguno.

LANDALUCE.—¿Tampoco crees en el dinero?

MARGARITA.—En ese hay que creer.

LANDALUCE.—¿Por necesidad?

MARGARITA.—(*Riendo.*) ¡Y por tradición!

LANDALUCE.—(*Más insinuante que nunca.*) Margarita: yo soy rico.

MARGARITA.—Creo en el dinero, pero el dinero no me importa, Landaluce.

LANDALUCE.—Sin embargo, ¡bien tienes quien te lo dé!

MARGARITA.—¡Claro! Y por eso no me importa. Las cosas que no nos importan son, precisamente, aquellas que ya tenemos. (*Se levanta.*)

(*ORGAZ y FLORA aparecen por el foro izquierda y quedan hablando aparte en el foro.*)

LANDALUCE.—(*Reteniendo a Margarita.*) Escucha, Margarita: pídeme lo que quieras y... (*Suena dentro un timbre.*) ¡Ahí están!

MARGARITA.—Ahí están, sí. Y te voy a pedir una cosa.

LANDALUCE.—(*Con ansia.*) ¡Di!

MARGARITA.—(*Riendo de nuevo.*) Que te lleves a Pamplinas, y lo acuestes en el diván del comedor. (*Se va por la derecha. Por el foro se ve cruzar de izquierda a derecha a Lolita.*)

LANDALUCE.—(*Entre dientes.*) ¡Tú caerás! (*Se levanta y se dirige a Pamplinas que duerme en un sillón.*) ¡Eh! ¡Psch! ¡Jáuregui!

PAMPLINAS.—(*Despertando.*) ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? ¿Nos vamos?

LANDALUCE.—Sí. Ven. Tengo que hablarte.

PAMPLINAS.—¿De quién? ¿De Luz?

LANDALUCE.—(*Llevándoselo por la izquierda.*) Eso es: de Luz. ¡Estás bueno hoy! (*Se van. Por el foro derecha seguidos de LOLITA entran ARMANDO y MANOLO. Armando es un guapo mozo de veintitantos años. Tiene un aire inteligente y abier-*

*to y es naturalmente elegante y distinguido. Manolo es "un viva la virgen" sin nada de particular que le distinga de los demás "viva la virgen" que hay por el mundo.)*

MANOLO.—(*A Lolita.*) ¿Dónde anda esa gente? (*Entrando y viendo a Flora y a Orgaz.*) ¡Hola, Florita! ¡Salud, Caobo!

FLORA.—¡Hola, Manolo!

ARMANDO.—Buenas noches.

ORGAZ.—Muy buenas...

FLORA.—(*Aparte a Orgaz, refiriéndose a Armando.*) ¡Vaya un chico guapo y bien plantado!

MANOLO.—(*Presentando a la pata la llana.*) ¡Bueno! Un amigo... dos amigos...

ARMANDO.—Mucho gusto.

LOLITA.—(*A Manolo.*) La señorita Luz está en la cocina preparando café, señorito Manolo.

MANOLO.—¿Y... el... jovencito no andará por ahí?

FLORA.—¿Quién? ¿Pamplinas? Tranquilízate. Estaba bastante mareado y se lo ha llevado a dormir Landaluce.

MANOLO.—¡Ole! Eso es compañerismo. Voy por Luz... (*A Armando.*) Ahí te quedas... y nada de cumplidos. ¿Sabes? Esta es la casa de todos, así es que estás en tu casa. ¡Y viva España! (*A Lolita en el mutis, medio abrazándola.*) ¡Anda, chata, que me gustas más que un paseo en globo!

LOLITA.—¡Qué cosas tiene el señorito! (*Se van ambos foro izquierda. Al quedar solos Armando, Flora y Orgaz hay una pausa embarazosa.*)

FLORA.—¡Siéntese!...

ARMANDO.—Muchas gracias... Estoy bien así.

ORGAZ.—¡A propósito! (*A Armando.*) ¿Sabe usted quién ganó ayer?

ARMANDO.—¿Quién ganó ayer? ¿Dónde?

ORGAZ.—(*Asombrado.*) ¡Hombre! ¿Dónde va a ser? En el fútbol.

ARMANDO.—¡Ah! (*Sonriendo.*) Pues no sé... Yo no voy nunca al fútbol.

ORGAZ.—(*En el colmo del asombro. Aparte.*) ¡Que no va nunca al fútbol! ¡Qué tío más raro! (*Alto.*) Usted se llama Armando, ¿verdad?

ARMANDO.—(*Asombrado a su vez.*) Sí, señor, ¿por qué?

ORGAZ.—(*Riendo.*) No, por nada... ¿Es que sabe usted? Yo estoy enterado de todo.

ARMANDO.—¿De todo?

ORGAZ.—Sí. Les oí decir el otro día eso de que usted se llama Armando y está enamorado de Margarita... y que Manolo le

iba a traer un día aquí para hacer con usted "La dama de las camelias"... Y yo también me reí, la verdad...

ARMANDO.—¡Ah! Sí... No sabía... (*Por la izquierda entra Landaluce.*)

ORGAZ.—Oye, Landaluce, el señor es Armando... (*Ríe.*)

LANDALUCE.—(*Avanzando hacia Armando con bastante guasa.*) Mucho gusto... Margarita se alegrará de verle. Me ha contado el caso y...

ARMANDO.—Y es gracioso, ¿verdad?

LANDALUCE.—(*Serio.*) Es gracioso... si no está usted enamorado de veras de Margarita. Pero basta verle a usted para comprender que no lo está.

ARMANDO.—¿Basta verme?

LANDALUCE.—Sí, porque es un hombre hecho y derecho. Yo tenía la idea, y perdone, de que era usted una criatura recién salida de la Universidad... Celebro que no sea así.

ARMANDO.—¿Por qué lo celebra?

LANDALUCE.—Hombre, porque siendo así estaría enamorado de Margaraita y como las... Margaritas han cambiado tanto en los últimos años... iba usted a sufrir mucho.

ARMANDO.—(*Mirándole fijamente.*) Es verdad. Seguramente tiene usted razón, señor...

LANDALUCE.—Landaluce. ¿Un cigarrillo? (*Fuman.*)

FLORA.—(*Furiosa por lo bajo a Orgaz.*) ¿Para qué has descubierto eso? ¡Esto es una mala acción! (*Se levanta.*)

ORGAZ.—Pero, chica...

FLORA.—¡Quita de ahí, patoso! ¡Huy, qué asco de hombres! (*Se va, casi llorando de rabia y de lástima hacia Armando, por la izquierda.*)

JULIA.—(*Entrando por el foro izquierda.*) El cafetito... (*La siguen MARUJA y LOLITA trayendo servicio de tazas, azucarero, etcétera. Detrás MANOLO y LUZ amartelados y los últimos CEFERINO y ANTOÑITO.*)

MARUJA.—Ponedlo aquí, que pilla mejor... (*Lo colocan en la mesita, agrupan asientos, sirven café, etc.*)

ORGAZ.—¿Hay tostadas?

JULIA.—Aquí no hay más tostao que tú, galán.

LUZ.—¡Hola, Armando! ¿Cómo le va? (*Se saludan.*)

MANOLO.—¿Y Margarita?

LANDALUCE.—En su cuarto.

LUZ.—¿Pero no va a venir con todos a Villalba? ¡Margarita!... (*Se va por la derecha.*)

ANTOÑITO.—(*En la puerta del foro a Ceferino, resistiéndose a entrar.*) ¡Que no entro! ¡Que si cojo a este deportista lo destiño!

CEFERINO.—El Caobo está solo.

ANTOÑITO.—¿Eh? (*Convenciéndose y entrando.*) Pues es verdad. (*A Orgaz de muy mal aire.*) ¿Y Flora?

ORGAZ.—Se fué por ahí. (*La izquierda.*) No sé qué mosca le picaría...

ANTOÑITO.—(*Sonriendo.*) ¡Je! Si se muere por mí!... Si no lo puede disimular! ¡Pobrecita mía! Me la voy a comer. (*Se va muy contento por la izquierda.*)

JULIA.—(*Sirviendo café.*) ¡Venga, niños, que esto se enfría!

LUZ.—(*Saliendo por la derecha seguida de Margarita.*) Esta simple que dice que no viene a Villalba.

MARGARITA.—Me da pereza, chicos. Hola, Manolo... (*Le da la mano.*)

MANOLO.—Ven. Te voy a presentar. (*Señalando a Armando.*) Mi amigo Ar...

MARGARITA.—¡Ah! Conque ¿usted es Armando?

ARMANDO.—¿Y usted es Margarita?

MANOLO.—Bueno, os dejo solos...

ARMANDO.—(*A Manolo.*) No te molestes en dejarnos solos, porque creo que ninguno de los dos tenemos qué decirnos...

MANOLO.—¿Eh?

LUZ.—¿Qué le ha pasado a ese?

LANDALUCE.—Por lo visto es un poco salvaje.

MARGARITA.—(*Mordiéndose los labios.*) Tiene razón este caballero. (*Por Armando.*) Por mi parte, no tengo nada que decirle a solas.

ARMANDO.—Yo sí venía a decirle algo a usted, pero... pero se me ha olvidado.

MARGARITA.—(*Picada.*) Pues cuide usted la memoria, porque es una de las facultades del alma.

ARMANDO.—Me sorprende que las cosas del alma le interesen a usted.

MARGARITA.—Todo le interesa a uno en la superficie.

ARMANDO.—¿En que superficie?

MARGARITA.—En la de la tierra. (*Sin darse cuenta ambos van liándose en las mallas del diálogo. Manolo y los demás, que lo advierten, toman el café entre cuchicheos, codazos y guiños expresivos.*)

ARMANDO.—Veo que es usted una mujer que sabe dar la réplica y, siendo así, creo que podemos divertirnos de veras.

MARGARITA.—¿Divertirnos?

ARMANDO.—¿No se trataba de eso, Margarita... Gautier?

MARGARITA.—(*Picadísima.*) De eso se trataba Armando... Duval.

ARMANDO.—¡Cuánto vamos a querernos!

MARGARITA.—¡Oh, sí! ¡Cuánto!...

ARMANDO.—Usted romperá con todos sus amigos.

MARGARITA.—Eso es. Y venderé mis joyas para mantener nuestro nido de amor...

ARMANDO.—Que estará en el campo...

MARGARITA.—Precisamente en el campo.

ARMANDO.—Y usted me cogerá flores...

MARGARITA.—Y usted me recitará versos...

MANOLO.—(*Que con los demás oye el diálogo sin disimular su alborozo.*) ¡Qué célebres!

LUZ.—(*Riendo también.*) ¡Son un par de gansos!

ARMANDO.—Hasta que mi padre un día... sorprenda nuestro idilio...

MARGARITA.—Y yo, a instancias suyas y para no comprometer el porvenir de usted, huiré diciéndole que ya no le quiero.

ARMANDO.—¡Justo! Pero meses más tarde, usted, que estaba enferma del pecho...

MARGARITA.—(*Abandonando bruscamente el tono de broma, exasperada, en que hablaba.*) ¡El final nos lo podemos ahorrar! (*Saltándosele las lágrimas se dirige a los demás fingiendo alegría y serenidad.*) ¿Habéis acabado con el café?

JULIA.—Faltas tú y ese joven.

MARGARITA.—Yo no quiero. (*Enciende un cigarrillo para serenarse.*)

ARMANDO.—Ni yo.

MANOLO.—(*Aparte a Armando.*) Has ido demasiado lejos en la broma...

ARMANDO.—¿Pues?

MANOLO.—Porque esta Margarita sufre la misma enfermedad que aquella Margarita de la historia.

ARMANDO—(*Apretándole el brazo, emocionadísimo.*) ¿Es posible?

LUZ.—(*A Margarita.*) ¿Decididamente no vienes a Villalba?

MARGARITA.—No.

LUZ.—Pues en marcha, niños! ¿Y Flora? ¿Y Antoñito?

LOLITA.—(*Yéndose por la izquierda.*) ¡Señorita Flora!

MARUJA.—Ven tú también, Landaluce...

LANDALUCE.—No cabremos.

LUZ.—Cabemos todos. Manolo ha traído su coche.

ORGAZ.—Y yo el mío.

ANTOÑITO.—(*Saliendo por la izquierda seguido de Lolita.*) Oye, que me dispenséis, pero yo no voy...

LUZ.—¿Tampoco tú?

ANTOÑITO.—Flora no quiere ir... y no la voy a dejar sola ahora que estamos haciendo las paces.

MARUJA.—Bueno, que os zurzan a los dos.

ANTOÑITO.—¡Divertirse! (*Se va otra vez por la izquierda.*)

LUZ.—¡Andando!

MARGARITA.—Baja a abrir, Julia. (*A Lolita.*) Y tú, acuéstate... (*Lolita se va foro izquierda.*)

ORGAZ.—Nos va a pillar el amanecer subiendo Peguerinos.

LUZ.—¡Qué bien! Con lo que a mí me gusta amanecer cuesta arriba... (*Van haciendo mutis bulliciosamente por el foro derecha. Margarita les despide desde la puerta.*)

LANDALUCE.—(*Que se ha quedado el último. A Armando.*) Us también vendrá, naturalmente...

ARMANDO.—(*Secamente y con hostilidad.*) No, señor... Yo me quedo.

LANDALUCE.—¡Ah! Se queda usted... En ese caso... (*Dándole la mano.*) He tenido mucho gusto.

ARMANDO.—Igualmente. (*Dentro se oye rumor de voces.*)

LANDALUCE.—(*En el foro, a Margarita, despidiéndose.*) Creo que haces mal en jugar con fuego...

MARGARITA.—(*Levantando la mano.*) ¿Lo dices por el cigarrillo? Pues vete tranquilo, que suelo tirarlo antes de quemarme. (*Landaluce desaparece también por el foro. Quedan solos Margarita y Armando. Hay una pausa. Las voces de los que se marchan se debilitan hasta que suena un portazo y dejan de oírse. Entonces Margarita baja al proscenio, donde está Armando.*)

ARMANDO.—Perdone usted que me haya tomado la libertad de quedarme, pero...

MARGARITA.—Ha hecho usted perfectamente. ¿No le advirtió Manolo que esta es la casa de todos? Me pareció oírselo desde mi cuarto.

ARMANDO.—Yo no suelo hacer caso de lo que dice Manolo, pero me produce una alegría vivísima saber que usted escuchaba nuestra conversación.

MARGARITA.—No la escuché, la oí.

ARMANDO.—Yo hago lo contrario; no la oigo a usted; la escucho.

MARGARITA.—(*Sonriendo.*) Eso es gentil.

ARMANDO.—(*Envalentonado por la sonrisa.*) Y si me he quedado ha sido para decirle que estoy arrepentido de las burlas de antes... Acaso la hice daño con algo de lo que dije...

MARGARITA.—No.

ARMANDO.—¿No?

MARGARITA.—O, por lo menos, se me ha olvidado. (*Yendo hacia la mesita.*) Le debo una taza de café, ¿la acepta?

ARMANDO.—Si es una deuda...

MARGARITA.—Sí. Y el que paga descansa. (*Se sientan ante la mesa y Armando toma el café.*) ¿Recuerda usted si, el día que se conocieron, Margarita Gautier le ofreció café a Armando Duval?

ARMANDO.—(*Sonriendo.*) No lo recuerdo. Yo entonces no había nacido todavía.

MARGARITA.—¡Qué presumido! Ni yo tampoco.

ARMANDO.—Lo que sí recuerdo es que aquel día Armando se declaró a Margarita y que a ella le produjo eso una gran emoción...

MARGARITA.—¡Qué tiempos! ¡Qué pasiones! ¡Cuánta ingenuidad! Hoy nos reímos de eso.

ARMANDO.—Sí. Hoy nos reímos de eso.

MARGARITA.—¡Pero, hombre, no ponga usted esa cara tan seria para reirse!

ARMANDO.—(*Sonriendo.*) ¿Pongo esta otra?

MARGARITA.—Esa ya está mejor. (*Después de una pausa.*) ¡Y es que se nace ya con tantas desilusiones dentro! Se ve todo tan oscuro... O tan claro...

ARMANDO.—Es cierto.

MARGARITA.—Antes, las mujeres y los hombres morían a manos del amor.

ARMANDO.—Y ahora es el amor el que muere a manos de los hombres y las mujeres.

MARGARITA.—Por eso antes se podía querer, porque se sabía que uno moría primero que el amor, y eso era hermoso. Mientras que ahora sabemos que el amor muere antes que nosotros, que nosotros mismos le vamos a enterrar, que va a llegar un día en que ni siquiera nos acordemos de él... ¡Y eso es triste!

ARMANDO.—Muy triste... ¡Y no me dirá usted que ahora no pongo una cara de acuerdo con las circunstancias!

MARGARITA.—(*Riendo.*) ¡No! Ahora lo ha hecho usted muy bien... (*Por el foro derecha entra Julia con una llave en la mano.*)

JULIA.—Toma, niña. La llave del portal. (*Se la da.*) ¿Necesitas algo?

MARGARITA.—Nada, Julia, que descanses.

JULIA.—Pues buenas noches. (*Iniciando el mutis.*)

ANTOÑITO.—(*Dentro.*) ¡Lo que tú estás buscando es que yo la arme! ¡Y la voy a armar!

FLORA.—(*Dentro.*) ¡Pues la armas, que si te crees que a mí me importa!

JULIA.—(*Deteniéndose.*) ¡Ya escampa!

ARMANDO.—¡Qué es eso?

MARGARITA.—Nada. Dos amigos que se pasan la vida peleándose.

ARMANDO.—El amor...

MARGARITA.—Eso es. El amor...

JULIA.—Bueno, allí no tienen nada que romper; que se maten si quieren. Lo malo es que van a despertar a Pamplinas... Vaya, hasta mañana. (*Se va foro izquierda.*)

ARMANDO.—(*Levantándose.*) Yo también me voy, Margarita. No tiene usted que molestarse. Me llevo la llave y ya se la enviaré. (*Se guarda la llave.*)

MARGARITA.—Adiós, Armando... (*Van hacia el foro.*) Estoy encantada de haberle conocido y lo único que siento es que los tiempos de ahora no sean los de antes...

ARMANDO.—Yo también lo siento... (*Por la izquierda sale Pamplinas medio dormido y gruñendo. Lleva a la rastra una manta de viaje.*)

PAMPLINAS.—(*Cruzando la escena hacia el foro.*) Esto de que no le dejen a uno ni dormir...

ARMANDO.—(*Dolorosísimamente sorprendido al verle.*) ¿Eh?

MARGARITA.—(*Sin advertir la actitud de Armando a Pamplinas.*) ¿A dónde vas, Pamplinas?

PAMPLINAS.—A la sala... a dormir en donde no oiga a esos dos idiotas. (*Siempre gruñendo se va por el foro izquierda, sin haber reparado en Armando.*)

ARMANDO.—(*Nervioso, cogiendo a Margarita de un brazo.*) ¿Qué hace aquí? ¿Por qué está aquí?

MARGARITA.—¿Quién? ¿Pamplinas? (*Alarmada súbitamente.*) ¿Es que le conoce usted?

ARMANDO.—(*Soltándola; con un soplo de voz.*) Bastante. (*Se sienta en un sillón. Sencillamente.*) Es mi padre. (*Margarita reprime un grito. Hay una pausa larga.*) No vivimos juntos... Nos vemos cada dos o tres días nada más... Yo siempre le supuse pendiente de sus negocios...

MARGARITA.—¡Dios mío!

ARMANDO.—(*Serenándose.*) En fin... ¿Qué de particular tiene? Gasta su dinero; se divierte... Nadie es santo... Sólo que los hijos nos resistimos siempre a creer que los padres sean... como todo el mundo... (*Se levanta y pretende ir hacia el foro.*)

MARGARITA.—¡No se vaya!

ARMANDO.—(*Sonriendo con sarcasmo.*) ¿Qué quiere usted? ¿Dos generaciones?

MARGARITA.—(*Dolorida.*) ¿Qué supone? ¡Por Dios, no suponga eso! ¡Es mentira! (*Echando el alma por la boca.*) ¡Sufre usted un error! El... El con quien está... ¡es con Luz! ¿No se lo dijo

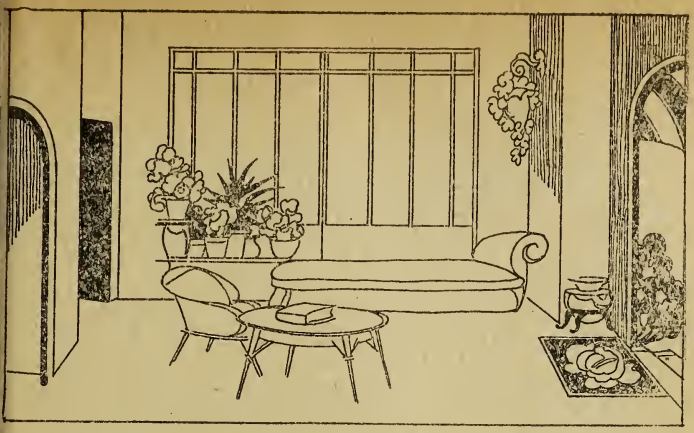
Manolo? ¡No se vaya así! No se vaya... ¡Le veo sufrir! ¡Usted!... ¡Tú! No puedes irte con esa gran desilusión... Yo te consolaré... Yo...

ARMANDO.—(*Saltándosele las lágrimas.*) No...

MARGARITA.—¡Sí, Armando, sí! (*Se oye un rumor dentro.*) Vienen... Estás llorando... Que no te vean llorar. Pasa... Oye... Escúchame ...Te hablo con toda el alma... (*Se lo va llevando hasta hacer mutis por la derecha.*)

ANTOÑITO.—(*Saliendo por la izquierda más furioso que nunca.*) ¡Se acabó! ¡Ahora si que se acabó! (*Volviéndose hacia la izquierda y dirigiéndose a Flora que se supone que está dentro.*) ¡Porque eres Flora, pero debías de ser Fauna! ¡Se lo solté! (*Va al ventanal lo abre y se asoma.*) ¡Sereno! ¡Sereno, abra el doce! ¡Y ahora a la calle! ¡Y a no verla más! ¡Nunca más! (*De pronto tiene una inspiración. Vuelve atrás coge el Buda, que es el único cacharro que quedó en la habitación, lo levanta sobre su cabeza y lo estrella.*) ¡¡Así!! (*Y se va bufando por el foro derecha.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

"Hall" de una casita en el campo, una de esas casitas que se alquilan amuebladas para uso de personas que necesitan recobrar la salud o para uso de enamorados que van decididos a perderla. Poco lujo, pero buen gusto en todos los detalles, que suple con ventaja la falta de derroches. Colores claros y alegres; mucha luz, muebles sencillos y cómodos, y en suma, bienestar, encaminado a que quien alquile un año la casa la alquile también al año siguiente. En el foro, bien centrada, una enorme cristalera que se come casi toda la pared y al través de la cual se ve un forillo de campo en el que las notas dominantes son el azul diáfano del cielo y la masa verdosa de los pinares. Abajo, al pie de la cristalera y ocupando totalmente su extensión, un largo diván. En la izquierda, la entrada principal de la casa y que se supone da al jardín. En la derecha, primer término, un arco de medio punto por donde se va a las habitaciones interiores, y en el segundo término del mismo lado, una puerta sencilla que tiene igual objeto. Tiestos con flores.

*(Al levantarse el telón, la puerta de la izquierda, abierta de par en par. Es un hermoso día de verano, hacia las cinco de la tarde, poco más o menos. En escena MARGARITA, ARMANDO y JULIA. Julia, sentada en un sillón de la derecha se está metiendo en el cuerpo el primer tomo de una novela por entregas. Lee moviendo los labios como si rezase y siguiendo la lectura con el dedo para no saltarse de línea y se ve que lo que le pasa a su alrededor no existe para ella. Margarita y Armando ocupan el diván de la cristalera. También ellos están entregados a la lectura: pero es una lectura distinta. Son versos; versos de*

*Rubén Darío, que Armando va recitando en voz clara y dulce, Margarita, tumbada en el diván y con la espalda y la nuca apoyadas en las rodillas de Armando, le escucha extasiada mientras fuma un cigarrillo.)*

ARMANDO.—(*Acabando de leer.*)

"...y la muerte que espera con sus fúnebres ramos
y la vida que tienta con sus frescos racimos,
¡y no saber a dónde vamos
ni de dónde venimos"...

MARGARITA.—¡Qué preciosos, chico!
ARMANDO.—¿Te gustan?
MARGARITA.—Me encantan. Pero vuelve a leer los nuestros...
ARMANDO.—¿Los nuestros?
MARGARITA.—Bueno: los que parecen hechos para nosotros.
ARMANDO.—(*Después de pasar unas hojas: leyendo.*)

"¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita
en una noche alegre que nunca volverá"...

MARGARITA.—(*Con los ojos cerrados.*) ¡Es formidable!
ARMANDO.—(***Siguiendo la lectura.***)

"¡Tus labios escarlata de!..."

JULIA.—(*Dando un grito terrible.*) ¡¡Ay!!
ARMANDO.—¿Eh?
MARGARITA.—(*Incorporándose.*) ¿Qué pasa, Julia?
JULIA.—(*Refiriéndose al tomo que está leyendo.*) ¡Que acaba de llegar el vizconde Malatesta! Y como Leonelo está con la hermosa Angélica... se va a armar una!...
ARMANDO.—Haber avisado, Julita...
MARGARITA.—Con lo a gusto que estábamos nosotros... Sigue, hijo, sigue (*Vuelven ambos a sus posturas.*), que esta Julia es como Dios la ha hecho...
JULIA.—¡Si tampoco va a poder una comentar! Este vizconde Malatesta me tiene negra. ¡Qué tío arrastrao! Por supuesto, que va listo... Porque el fiero Leovigildo, que no le puede ver desde aquello del robo del tesoro, se las tiene juradas y...
MARGARITA.—Bueno, anda, cállate...
JULIA.—No. Si a vosotros todo lo que no sea versitos... (*A*

*Margarita.*) ¡Vamos, que si me hubieran dicho a mí hace nada más que tres meses que tú te ibas a pasar las horas muertas tumbada y oyendo romances...

MARGARITA.—(*Molesta y enérgica.*) ¡Que te calles, Julia!

JULIA.—Está bien, mujer. (*Volviendo a la lectura.*) Ahora me he perdido yo... (*Buscando en la página con el dedo.*) ¿Por dónde andará el vizconde? ¡Ah, sí! Aquí está el tío canalla. (*Sigue leyendo para sus adentros.*)

MARGARITA.—(*Acariciando el pelo de Armando.*) Anda, sigue, mi alma. O, mejor, empieza otra vez.

ARMANDO.—¿Otra vez?

MARGARITA.—(*Suspirando.*) ¡Ay! Es que no me canso de oírla... ¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier?... ¿No parece que Rubén Darío lo escribió pensando en nosotros?

ARMANDO.—Sí, lo parece.

MARGARITA.—A ver, déjame ver su retrato otra vez... (*Le coge el libro a Armando y lo mira por las primeras páginas.*) ¡Es increíble que tuviera tanto talento un hombre tan feo!

ARMANDO.—Precisamente; dicen que el talento deforma la cara, como el cultivo deforma las tierras.

MARGARITA.—¡Bobadas! A ti el talento no te ha deformado la cara.

ARMANDO.—Pero es que yo no tengo talento, Margarita.

MARGARITA.—¿Que no?

ARMANDO.—Una inteligencia corriente, y gracias.

MARGARITA.—Pues entonces, ¡vivan las inteligencias corrientes (*Lo acaricia*), porque junto a ti soy feliz!...

ARMANDO.—Bueno, pero observa que parte de esa felicidad de ahora se la debes al talento de Rubén.

MARGARITA.—Eso es verdad. Entonces, ¡qué vivan los talentos! para que las mujeres seamos felices junto a las inteligencias corrientes...

ARMANDO.—(*Riendo.*) ¡Eso se llama saber vivir!

JULIA.—(*Siempre atenta a su lectura.*) ¿No lo dije? ¡Huy, Malatesta, te veo en globo! ¡Ya está aquí Leovigildo!

(*En este instante entra ANTOÑITO por izquierda.*)

ANTOÑITO.—¿Desde cuándo me llamo yo Leovigildo?

JULIA.—¡No iba por usté, hombre!

(*Margarita y Armando ríen y se sientan correctamente en el diván. Julia reanuda su lectura. Antoñito viste un traje claro; no lleva nada a la cabeza y en la solapa izquierda luce un clavel encarnado del tamaño de una boina.*)

MARGARITA.—¡Chico, qué barbaridad, qué clavel!

ANTOÑITO.—(*Mirándoselo.*) Triple... Me gusta porque es tan

bonito y huele tan bien que parece artificial. Se lo he robado al dueño del hotelito de al lado.

ARMANDO.—Pues si te ve quitárselo eres hombre muerto.

ANTOÑITO.—¡Qué miserable! En mi vida he conocido un individuo más avaro.

MARGARITA.—Dicen que cría las flores para venderlas. ¡Es el colmo!

ARMANDO.—Y por no pagar criados hasta se hace él mismo la cama y la comida.

ANTOÑITO.—Si fuera eso sólo. Pero ¿os acordáis de aquel perro tan flaco que tenía guardando la casa? Pues lo ha vendido para ahorrarse ese gasto, y ahora, por las noches, cuando oye algún ruido, baja él al jardín a ladrar...

(*Ríen.*)

ARMANDO.—Esos son camelos tuyos...

ANTOÑITO.—Te juro que es verdad. Yo mismo, desde mi cuarto, le he sorprendido en cuclillas junto a la verja. Y anoche le eché un hueso.

MARGARITA.—Vamos, que esa no cuela...

ANTOÑITO.—¡Bueno! Pregúntaselo al "Caballo de Atila" y veréis...

ARMANDO.—¿Quién es el "Caballo de Atila?

MARGARITA.—Un mote que le ha puesto éste al jardinero. Como tiene la manía de arrancar y podar todo lo que encuentra...

ARMANDO.—La verdad es que es un caso serio el jardinero ése... Yo que tú lo despedía.

MARGARITA.—Si el hotel fuera mío... Pero el dueño está contento, y allá él.

ARMANDO.—Ayer recortó todos los macizos de los geranios.

ANTOÑITO.—Y hoy se ha liado con la parra y la está dejando en proyecto. Por eso le llamo el "Caballo de Atila", porque por donde él pasa no vuelve a crecer la hierba. Es un...

MARGARITA.—¡Chist! (*Bajando la voz.*) Cuidado con lo que dices del jardinero, que se va a molestar la Julia, si te oye.

ARMANDO.—Pero ¿tú crees que?...

MARGARITA.—¡Seguro! La conozco, y el "Caballo de Atila" es su tipo. Además, las cajetillas de egipcios llevan un aire que no me cabe duda.

*(Por la izquierda entra MARCIAL, el ilustre artífice de la jardinería, más conocido, según hemos visto, por "Caballo de Atila". Es un campesino de treinta y cuatro o treinta y cinco años. con un tipo de bestia superior a la del corcel que le da nombre. Lleva unas grandes tijeras de podar metidas en un bolsillo de su delantal de cuero, para tenerlas más a mano. Se*

*parece bastante a Román, el sereno que conocimos en el primer acto.)*

MARCIAL.—Con la licencia de los presentes... (*Entra.*)

ARMANDO.—Tú la tienes, Marcial...

ANTOÑITO.—(*Aparte.*) Nombrado y aparecido.

MARCIAL.—(*Explicando su presencia.*) Que uno no pue estar mano sobre mano, y me se ha ocurrido una chapuza...

MARGARITA.—Bueno, Marcial.

MARCIAL.—Que algunas de estas plantas... (*Señalando los tiestos*) están mu héticas y nesecitan un punto de podeo...

ARMANDO.—Pero... ¿los tiestos también?

MARCIAL.—Que uno sabe lo que se hace, señorito. Que uno era zagal y ya podaba. Que uno es maestro en esto.

ARMANDO.—Bueno, hombre, bueno... Haz lo que quieras... *(Queda hablando aparte con Margarita y Antoñito.)*

MARCIAL.—(*Después de coger un tiesto se dirige a coger otro, está próximo a Julia. Observa a ver si le miran, y cuando se convence de que no, le da a Julia con el pie disimuladamente.)* ¡Que a ver si dejas el papel ése! (*Por el libro.*) ¡Que no te se ve el pelo!

JULIA.—(*Levantándose sobresaliada.*) ¿Eh? (*Advirtiendo la presencia de Marcial.*) ¡Lárgate, animal! Se van a dar cuenta y...

MARCIAL.—Que no me largo... Que estoy sin fumar deude esta mañana.

JULIA.—(*Con miedo de que los sorprendan.*) Ahora voy, anda. Pero lárgate...

MARCIAL.—Que te aguardo en el lavadero. ¡Que si no vas!...

JULIA.—Si voy, sí. Anda... estoy acabando... (*Vuelve a la lectura.*)

MARCIAL.—(*Iniciando el mutis con tres o cuatro tiestos; entre dientes y filosófico.*) Que si no las trata uno así, hacen la burla de uno.

MARGARITA.—¿Lo veis? ¡Cuando yo os lo decía!...

ANTOÑITO.—Bueno, son las cinco y el tren sale a las seis. Me subo a hacer la maleta...

MARGARITA.—Yo te la haré, calamidad. Si no, la vas a llevar como la trajiste, que parecía un bazar de pueblo.

ANTOÑITO.—Te advierto que, para venir, me la hizo Flora.

MARGARITA.—Entonces retiro de tus hombros lo de "calamidad" y lo hecho sobre los hombros de Florita. (*Acariciando a Armando.*) Hasta luego, mi alma.

ARMANDO.—Adiós, bonita.

*(Margarita se va por el segundo derecha sin dejar de des-*

*pedirse de Armando con los ojos, como si en lugar de ir al cuarto de Antoñito se fuera al Senegal.)*

JULIA.—(*Que acaba en ese momento de leer el tomo.*) Fin del to-mo pri-me-ro. ¡Vaya por Dios!... Esto es lo que más me chincha. Ahora, pa saber si Leovigildo le atiza o no a Malatesta, me tengo que echar a la espalda otro tomito. ¡Y como son cortos! (*Cierra el libro y se levanta. A Armando.*) ¿Adónde ha ido Margarita?

ANTOÑITO.—Está arriba haciendo mi maleta.

JULIA.—Bueno, pues voy un momento ahí fuera y subiré a ayudarla. (*Iniciando el mutis.*) ¡Siete vidas tiene ese canalla de vizconde! (*Se va izquierda.*)

ANTOÑITO.—Seguís tan felices como el primer día, ¿eh?

ARMANDO.—¡Y seguiremos así siempre! (*Queda mirando la lejanía del campo al través de la cristalera.*)

ANTOÑITO.—¡Claro! Me lo explico... Igual nos ocurrió a Flora y a mí mientras estuvimos solteros; que nos adorábamos, que no podíamos vivir el uno sin el otro... ¡Y si no, acuérdate de las broncas que teníamos!...

ARMANDO.—Me acuerdo.

ANTOÑITO.—Y en cambio, desde que nos casamos...

ARMANDO.—Hay dos cosas en el mundo que nunca he podido explicarme, Antoñito: la guerra carlista y tu matrimonio con Flora.

ANTOÑITO.—Pues yo, aun hay otra cosa que no me explico.

ARMANDO.—¿Cuál?

ANTOÑITO.—El éxito de las pastillas Valda.

ARMANDO.—Fuera de bromas... ¿Por qué te casaste?

ANTOÑITO.—Por la velocidad adquirida. Flora y yo vivíamos juntos, nos queríamos, nos peleábamos varias veces diarias, teníamos una criada que lo hacía todo al revés, dos pijamas de seda y un aparato de radio de tres lámparas. Los pocos ratos en que estábamos de acuerdo nos decíamos: "¡Parecemos un matrimonio!" ¡Y a fuerza de decirlo... una mañana... ¡zas! hicimos la burrada! Desde entonces, ¡qué cambios!...

ARMANDO.—Sí, ¿eh?

ANTOÑITO—En los diez primeros días sólo regañamos una vez; yo empecé a notar que se me caía el pelo y Flora engordó seis kilos. Al mes, en lugar de regañar bostezábamos... Y lo demás ya lo sabes tú; ahora se cumplen cinco meses de la boda, y de esos cinco meses, cincuenta y cuatro días los he pasado con vosotros. Y es que, chico, ¡no hay como casarse para tomarle gusto a la casa de los amigos!... Créeme, no te cases...

ARMANDO.—Tranquilízate. No lo había pensado. Nosotros sólo pensamos en querernos.

ANTOÑITO.—Pues por ahí se empieza. Anda con ojo. Y a tu padre, ¿has vuelto a verle? Landaluce me dijo que el viejo pensaba en venir hoy a hablarte. Debe estar echando chispas contra ti.

ARMANDO.—¿Con qué derecho? ¿No vive él también como quiere? Para exigir hay que dar el ejemplo. Y estas... cosas... estas cosas, Antoñito, se explican con la juventud, pero en su edad no se explican ni se justifican.

ANTOÑITO.—Yo estas cosas, como tú dices, me las explico desde los quince años hasta los ciento diez.

ARMANDO.—Si estuvieras dentro de mí. No sabes la pena que me produjo verle en aquella casa y en aquel estado. Engañado por Luz; sirviendo de burla a todos. ¡Qué gran desilusión! Si no hubiera sido por Margarita, que me sostuvo y me animó... Yo había idealizado a mi padre, como todos los hijos, y al ver la realidad...

ANTOÑITO.—¡Toma! Pues eso es lo malo; que idealizamos las cosas, y luego viene el tío Paco, aquel de la rebaja... (*Después de una pausa y de luchar por decir lo que no sabe cómo decir.*) Oye... y no tratándote con tu padre... ¿de qué?...

ARMANDO.—¿Qué?

ANTOÑITO.—Que de qué... vamos... Que ¿de qué vivís?

ARMANDO.—(*Visiblemente turbado y como si acabasen de ponerle el dedo en la llaga.*) Antoñito..., ese es el único punto oscuro de mi felicidad.

ANTOÑITO.—¿Eh?

ARMANDO.—Al decidir la instalación aquí para que Margarita se repusiera y porque nos fascinaba la idea de querernos en el campo, yo le dí a Margarita todo el dinero que tenía en casa; restos de la última mensualidad que me había pasado mi padre...

ANTOÑITO.—Sí...

ARMANDO.—Pero hace de eso dos meses y medio, Antoñito. Yo no he vuelto a dar dinero, porque ni lo tengo ni he aprendido a ganarlo. Y es indudable que aquella cantidad debió de acabarse hace tiempo. No es posible que Margarita la haya estirado hasta ahora, ¿verdad?

ANTOÑITO.—¿Cuánto era?

ARMANDO.—Setenta duros.

ANTOÑITO.—(*Riendo.*) ¡Setenta duros! ¡Setenta duros estirados dos meses y medio! Pero, hombre, ¿tú crees que setenta duros se pueden estirar así? ¡Ni setenta duros ni un matasuegras!

ARMANDO.—¡Calla! No te rías. Ya comprendo que es absurdo. ¡Pero es que me lo quiero hacer creer a mí mismo!

ANTOÑITO.—Pues, mira, si lo consigues, te mereces el premio Nóbel de la oratoria...

ARMANDO.—Porque... ¡escúchame, Antoñito!, porque no quiero pensar que sea Margarita la que con sus recursos...

ANTOÑITO.—¡Oh! Yo en tu lugar lo habría pensado ya. Y me habría frotado las manos de gusto. ¡Ahí es nada!... ¡Una mujer con la que está todo pagado!

ARMANDO.—¡No! ¡Eso no! Yo no he perdido la dignidad.

ANTOÑITO.—¡Atiza! ¡La dignidad!

ARMANDO.—Cuando se pierde la dignidad se pierde todo.

ANTOÑITO.—En tu caso se pierde todo cuando no se sabe perder la dignidad...

ARMANDO.—¡Pues prefiero perderlo todo, Antoñito!

ANTOÑITO.—¡Pues eres un idiota, Armandín!...

ARMANDO.—De hoy no pasa que yo me entere de la verdad. Y va a ser ahora mismo.

ANTOÑITO.—¿Cómo?

ARMANDO.—Preguntándoselo a la Julia.

ANTOÑITO.—Bueno, interviúvala.

*(JULIA entra por la izquierda en dirección al segundo término derecha.)*

ARMANDO.—*(Deteniéndola.)* Escucha, Julia...

JULIA.—¿Qué pasa, que se le ha puesto a usté esa cara?

ARMANDO.—Tengo que hacerte una pregunta.

*(Siguen hablando aparte en el foro. Antoñito que se ha sentado donde lo estuvo Julia y ha abierto el libro, lee el título.)*

ANTOÑITO.—*(Leyendo.)* "Las infamias del vizconde o el estupor de una reina." Novela en doce tomos. ¡Arrea, doce tomos!... La Julia no se ha debido fijar en este detalle. Me parece que se muere antes de saber si Leovigildo se carga o no a Malatesta... *(Queda hojeando el libro.)*

ARMANDO.—*(Muy emocionado, a Julia.)* ¿Es posible eso?

JULIA.—¡Me hace a mí gracia! ¿Usté cree que se vive del aire? ¿Que una casa se sostiene diciéndose coplas y con posturas apaisadas? ¡Vamos, que yo no le hacía a usté tan niño! ¡Me imaginaba que usté estaba al tanto de lo que ocurría...

ARMANDO.—No quería pensar en eso...

JULIA.—Pues, hombre, de vez en cuando conviene pensar en algo, aunque sólo sea pa no perder la costumbre.

ARMANDO.—Ya sé yo que el amor es una dicha cara.

JULIA.—*(Suspirando graciosamente.)* ¡Dígamelo usté a mí!

ARMANDO.—¡Pero vender sus joyas! ¡Haber llegado a vender sus joyas!

JULIA.—¿Qué iba a hacer, si no tenía capital? Margarita ha sido siempre muy gastadora, y como al enamorarse de usté ompió con aquel don Ernesto, que corría con todo...

ARMANDO.—¡Calla, calla!

JULIA.—Yo bien la sermoneé cuando vendió las primeras co- as, pero se me ponía por las nubes y tuve que cerrar el pico.

ARMANDO.—¡Pues esto no puede seguir así, Julia! ¡Yo ten- o que hacer algo! Buscaré... trabajaré...

JULIA.—Pa mí que esto le pilla a usté muy desentrenao.

ARMANDO.—Es posible. Pero te digo que esta situación la ermino yo.

JULIA.—Se le felicitará calurosamente. (*Incia el mutis. Apar- e.*) Pues no dice que él... ¡Este es más infeliz que Leonelo! *Se va por la segunda derecha.*)

ARMANDO.—(*Sentándose en un sillón, abrumado.*) ¡He estado viviendo a costa suya! ¡Qué vergüenza!

ANTOÑITO.—(*Que parapetado en el tomo de la novela no ha perdido detalle de la conversación anterior, se levanta y le pone una mano encima a Armando.*) ¿Por qué te apuras? ¿No erais vosotros como Margarita y Armando? Pues aquella Mar- arita de la historia también vendió sus joyas para sostener l nido de amor... (*Armando se alza de hombros sin contestar.*) Hasta ahora, todo es casi igual. Ya no falta más que la visita le hoy de tu padre oponiéndose a vuestros amores...

(*En la puerta de la izquierda aparece LANDALUCE.*)

LANDALUCE.—(*A Antoñito y Armando, que de espaldas a la puerta no le han visto.*) Buenas tardes.

ANTOÑITO.—(*Volviéndose.*) ¿Qué? (*Aparte.*) Ya me pareció el peine...

ARMANDO.—(*Volviéndose con asombro y desagrado.*) ¡Landa- uce!

LANDALUCE.—Servidor de usted. (*A Antoñito.*) Hola, buena pieza.

ANTOÑITO.—(*Friamente.*) Hola, don Narciso.

ARMANDO.—(*Avanzando en actitud hostil.*) ¿Puedo saber por qué?...

LANDALUCE.—No se altere, que no es necesario. Imagínese que no soy yo el que ha entrado. Vengo exclusivamente como embajador...

ARMANDO.—¿Como embajador de mi padre?

LANDALUCE.—Sí. Ha quedado ahí fuera. Viene a hablarle a usted, pero antes quería saber si está usted dispuesto a reci- birle, para en caso contrario evitarse el desagrado natural.

ARMANDO.—Dígale usted que yo soy de los hijos que no le niegan nada a su padre.

PAMPLINAS.—(*Irrumpiendo por la izquierda.*) ¡Qué guapo chico! ¡Es siempre el mismo. Con ese aplomo de persona mayor... ¡Venga un abrazo! (*Lo abraza.*) ¡Si te conoceré yo de sobra

ARMANDO.—(*Abrazándole con afecto, pero sin extremos, seriamente.*) Hola, padre.

PAMPLINAS.—(*Mirando la escena.*) ¡Muy bonita casa! Preciosa casa, sí, señor, para pasar una luna de miel! ¡Yo la hubiera elegido igual!... ¡Igualita!

LANDALUCE.—Con permiso. (*Inicia el mutis.*)

ANTOÑITO.—(*Aparte a Armando.*) No tengas cuidado. Me voy con él... (*Por Landaluce.*) Y como intente ver a Margarita, lo tiro al pilón. (*Emparejándose con Landaluce en el mutis.*) Venga usted, don Narciso, que le voy a hacer los honores del gallinero...

*(Se van por la izquierda. Al quedar solos el padre y el hijo hay unos momentos de turbación por parte de ambos. Armando teme la escena que se prepara y que se supone, y Pamplinas se siente un poco avergonzado ante su hijo. Lo disimula con una actitud alegre.)*

PAMPLINAS.—¡Pero que muy bonita casa! El jardín también es bonito. Demasiado recortado todo, ¿no te parece? Pero bonito... Lo malo es esa cristalera... (*Por la del foro.*) Ahí debíais de haber puesto un *stor*, porque a la hora de la siesta esto debe de ser un horno... En cambio, por la noche, ¡qué encanto para dos enamorados, sentarse ahí a contemplar la luna! ¿Eh?

ARMANDO.—(*A quien hace daño el tono frívolo de su padre.*) Sí... Pero si te parece, vamos a dejar la casa...

PAMPLINAS.—Bueno, bueno... Como tú quieras... (*Sacando una gran petaca.*) ¿Un purito? (*Armando rechaza con el gesto.*) ¡Ah! Que no me acordaba de que no fumas puros...

ARMANDO.—(*Abriendo una cajita que hay en una mesa.*) Toma tú un cigarrillo...

PAMPLINAS.—¡Quita, hombre, quita! ¡Guarda esto! Si precisamente traigo yo unos especiales que... ¡Pero si los he comprado para tí!... (*Saca una pitillera.*) Toma... y quédate con la pitillera...

ARMANDO.—(*Cogiéndola.*) ¡La pitillera que te regaló mamá el día que yo cumplí quince años! (*A punto de emocionarse.*) No sabes cómo te agradezco que...

PAMPLINAS.—¡Ah! ¿Es la pitillera que me regaló tu pobre madre? No me había fijado... (*Se sienta. Armando se queda como si le hubieran echado un jarro de agua fría, de pie al lado de su padre. Este saca un mechero, enciende su pitillo y*

*e da lumbre a Armando.*) Toma... Quédate con el mechero ambién... Ya sabes que todo lo mío es tuyo, hijo.

ARMANDO.—Sí, ya lo sé... Gracias...

PAMPLINAS.—¿Y el bastón? ¿Quieres el bastón? Es un poco erio para ti..., pero a mí me gustan los bastones serios. Un astón serio compensa la falta de seriedad de la vida...

ARMANDO.—Yo prefiero la seriedad en la vida a la seriedad n los bastones, papá...

PAMPLINAS.—Es verdad, es verdad. En eso sales a tu madre. esde chico has tenido ese aire formal que... que yo admiro, rmando, que yo admiro. ¡Bueno, hombre, bueno!... (*Sin saer cómo empezar el pastel.*) ¡Bueno!... (*Tarareando.*) ¡Turuú tu, tu!... ¡Tururú! (*Decidiéndose.*) Y ¿qué?... ¿Cómo te a?...

ARMANDO.—Bien; me va bien.

PAMPLINAS.—¿Estás contento?

ARMANDO.—Sí.

PAMPLINAS.—¿Y Margarita?

ARMANDO.—También.

PAMPLINAS.—Lo esperaba... lo esperaba. (*Vuelve a tararear. Una pausa.*) Pero, vamos, que... aquí, para entre nosotros, ya habréis tenido alguna peloterita, ¿no?

ARMANDO.—No.

PAMPLINAS.—Alguna de esas agarradillas que acaban con una reconciliación, y que son la sal del cariño, ¿eh?

ARMANDO.—Ella y yo no regañamos, padre.

PAMPLINAS.—Bueno, bueno. Más vale así. (*Cantando.*) Más vale así... Más vale así... (*Atacando por otro lado, como si tuviera una idea súbita.*) Oye... el año pasado me dijiste que te gustaría conocer el Japón... ¿Qué cara pondrías tú si yo te diera un puñadito de cuartos y te dijese: embarca cuando quieras y escríbeme desde Tokio?

ARMANDO.—Había de embarcar solo, ¿verdad?

PAMPLINAS.—Hombre, claro, porque...

ARMANDO.—(*Abordando de frente la cuestión.*) Mira, papá; no te canses...

PAMPLINAS.—¿Eh?

ARMANDO.—Digo que traes un empeño inútil. Yo no he de separarme de Margarita jamás, ocurra lo que ocurra.

PAMPLINAS.—Pero...

ARMANDO.—¿Para qué enzarzarnos tú y yo en las escaramuzas de una discusión? Es cosa resuelta: firmemente resuelta, y no vale la pena de que insistas.

PAMPLINAS.—(*Después de una pausa. Con un acento hasta ahora desconocido en él.*) Hijo, hace dos meses que estoy pla-

neando esta entrevista, y hasta hoy no me he atrevido a v
mir, porque... porque tenía que hablar como un padre, y yo.
no he nacido para padre. ¿Cómo te voy a decir yo que al uni
te a esa mujer arruinas tu vida? ¿Cómo te voy yo a hablar c
conveniencias, de moral, de lo que la sociedad acepta y rechaz
y, sobre todo, de la terrible manera que ésta clase de amor
puede llegar a pesar en el futuro de un hombre? ¿Cómo
voy a hablar de eso si yo?...

ARMANDO.—(*Nuevamente emocionado.*) ¡Tú puedes hablar
eso y de todo, padre! (*Una pausa.*) Pero no me hables de nad
porque te repito que es inútil.

PAMPLINAS.—Suponte que soy un amigo tuyo, más exper
que tú.

ARMANDO.—(*Atajándole.*) La experiencia es una enfermeda
que no se contagia. Vamos a dejar esto...

PAMPLINAS.—Esa mujer acabará por engañarte.

ARMANDO.—¡Dejemos este asunto, papá!...

PAMPLINAS.—Me imagino lo que estás pensando al oirme. Per
es que a mi edad, por ejemplo, el engaño de una mujer es u
sainete, mientras que a tu edad, Armando, es una tragedia.

ARMANDO.—Padre, si sigues hablando, me iré...

PAMPLINAS.—Esa mujer busca tu dinero; es decir, el mío.

ARMANDO.—(*Estallando.*) ¡Calla! ¡Que no sabes lo que dices
Que no estás enterado... Que no la conoces...

PAMPLINAS.—Las conozco a todas.

ARMANDO.—¡A ésta no! ¡A ésta no, papá! Ella se sacrifi
por mí. Ella ha sostenido hasta ahora la casa; ha vendido j
yas... ¡Si tú supieras!...

PAMPLINAS.—Me lo figuro. Al principio todas se sacrifica
Luego le piden dobles sacrificios al hombre; y al final olvida
los de él para no recordar más que los suyos.

ARMANDO.—¡Te lo ruego; te lo suplico! ¡Ni una palabra má

PAMPLINAS.—(*Levantándose.*) Está bien. (*Una pausa.*) ¿Me d
jas hablar con Margarita? ¿O temes que?...

ARMANDO.—No temo nada. Ella y yo somos como uno sol
Voy a buscarla. (*Inicia el mutis.*)

PAMPLINAS.—Oyeme lo último tú...

ARMANDO.—(*Deteniéndose.*) Di.

PAMPLINAS.—¿Has pensado en cómo vais a vivir si yo no
ayudo?

ARMANDO.—Sí. (*Firmemente.*) Trabajaré. (*Se va por la segu
da derecha.*)

PAMPLINAS.—(*Despachurrado.*) Es todo lo que me faltaba p
oir... Dice que trabajará... ¡Qué insensato!... Que trabajará.
¡Como si trabajar estuviera al alcance de cualquiera!

(*Mutis al jardín. Por la segunda derecha entra JULIA. Lleva en la mano una maleta, un impermeable pluma y un sombrero de hombre.*)

JULIA.—Las seis menos cinco. Este pelmazo todavía va a perder el tren... (*Llamando por la puerta de la izquierda.*) ¡Señorito Antoñito! ¡Vamos, hombre!... (*Pensativa.*) ¿En qué habrán quedado todos estos líos de Pamplinas y Landaluce? ¡Hum! Me huele mal!...

(*Deja la maleta y las demás cosas en el foro, en el suelo; por la izquierda entra MARCIAL, nuestro inolvidable "Caballo de Atila". Trae en los brazos los tiestos que se llevó de la escena en el principio del acto, pero ha dejado sus flores reducidas a tres ramitas raquíticas, y nadie los reconocería.*)

MARCIAL.—(*Dejando los tiestos encima de la mesita.*) ¡Podaos!

JULIA.—(*Turulata al verlos.*) ¡Madre de Dios! ¿Pero qué es eso?...

MARCIAL.—Que los he podao. Que lo necesitaban... Que ya los verás el año que viene...

JULIA.—El año que viene, puede. Pero lo que es este año. Si serás bruto! ¡Con las flores que echaban!

MARCIAL.—Que tú no sabes de esto...; que pa echar flores, aquí sigo yo... (*Muy entusiasmado.*)

JULIA.—¡Vamos, quita de ahí, cirineo!

MARCIAL.—Oye... que te quería yo preguntar una cosa que hace tiempo que me ronda...

JULIA.—Alguna bestialidad será.

MARCIAL.—Que yo quería saber por qué te he gustado yo.

JULIA.—Porque te pareces mucho a un hombre que me tuvo poca. ¿Y yo? ¿Por qué te he gustado a ti yo?

MARCIAL.—Pues tú me has gustado...; que me da no sé qué el decírtelo...

JULIA.—¡Venga, hombre, a ver si ahora va a resultar que tienes vergüenza!

MARCIAL.—Pues tú me has gustao a mí... ¿Ves que yo podo todo lo que puedo?... (*Inician el mutis.*)

JULIA.—Sí.

MARCIAL.—(*Riendo como un gorila.*) ¡Pues tú me has gustao a mí... porque no llevas el pelo podao! (*Ríen.*) ¿No tie gracia? Eh, ¿no tie gracia? (*Julia se va por la derecha y Marcial le va detrás.*)

(*Entran LANDALUCE y PAMPLINAS por el jardín.*)

PAMPLINAS.—Es un caso perdido. Agárrate adonde puedas... ¿Estás agarrado? Pues ha llegado a decirme que trabajará para ella...

LANDALUCE.—¡Que trabajará para ella!

PAMPLINAS.—Comprenderás que esa cabeza no rige... Y ella ha vendido joyas para vivir... En fin; el caos.

LANDALUCE.—Entonces, ¿no has conseguido de él?...

PAMPLINAS.—Nada.

LANDALUCE.—¿Pero tú no renunciarás?

PAMPLINAS.—¡Qué cosas tienes! Renunciar yo. ¿A qué hemos venido aquí si no es a poner fin a esto? Yo comprendo mejor que nadie el peligro en que está ese chico; llegaría incluso a casarse... No, no. Traigo mi idea. Voy a hablar con Margarita.

LANDALUCE.—¿Y qué crees que le vas a convencer, que ella va a dejar a Armando porque tú se lo ruegues o se lo mandes?

PAMPLINAS.—Mírame bien. ¿Tengo yo cara de primo?

LANDALUCE.—Francamente, chico, a mí me parece que sí.

PAMPLINAS.—Pues, francamente, chico, a mí me parece que no, y no me negarás que yo conozco mi cara más años que tú...

LANDALUCE.—Bueno, a ver qué idea es esa. ¿Qué piensas hacer?

PAMPLINAS.—Se trata de separarlos; de separarlos de tal manera que ninguno vuelva a acordarse del otro.

LANDALUCE.—Sí...

PAMPLINAS.—Pues para eso, Landaluce, no hay más que un sistema: unirlos...

LANDALUCE.—¿Unirlos?

PAMPLINAS.—¡Claro!

LANDALUCE.—Más unidos que están...

PAMPLINAS.—No me entiendes...

LANDALUCE.—A ver...

PAMPLINAS.—Si los separásemos por cualquier medio, volverían a unirse, o, por lo menos, se acordarían ya siempre uno de otro, y no habríamos conseguido más que hacer de esto una novela romántica. En cambio, si les facilitamos la unión y el convivir y el estar siempre juntos, a la vuelta de un año, o de dos, ya no podrán aguantarse...

LANDALUCE.—Me parece que me doy cuenta... Y les negarás toda ayuda, claro...

PAMPLINAS.—¡Al contrario! Les daré todo el dinero que necesiten.

LANDALUCE.—¿Eh? ¡Chico!

PAMPLINAS.—Yo me entiendo, yo me entiendo... Porque el fin de la vida es conseguir la felicidad, y cuando la felicidad está conseguida, entonces, entonces sólo nos esforzamos en perderla.

LANDALUCE.—(*Maravillado.*) ¡Pero, Jáuregui! Tú eres un sabio...

PAMPLINAS.—¡Toma, claro! Lo que ocurre es que todavía no se me había hecho justicia. Igual le pasó a Isaac Peral.

LANDALUCE.—¡Ahí viene ella!

(*En efecto, por el segundo derecha entra ARMANDO, al que sigue MARGARITA. Esta se halla en un estado de ánimo que oscila entre la confusión y el deseo de ser fuerte. Pamplinas avanza hacia ella con su desparpajo habitual.*)

PAMPLINAS.—¡Buenas tardes, Margarita!

MARGARITA.—Buenas tardes.

LANDALUCE.—(*Saludándola.*) Es para mí una gran alegría volver a verte...

MARGARITA.—(*Secamente.*) Gracias. (*A Pamplinas.*) Ya Armando me ha dicho...

ARMANDO.—Sí. Y usted y yo, Landaluce, sobramos aquí... (*Le invita a hacer mutis.*)

PAMPLINAS.—(*Conteniéndole.*) ¿Cómo? Aquí no sobra nadie. Lo que yo tengo que decirle a Margarita no es ningún secreto.

ARMANDO.—(*Asombrado.*) ¿Eh?

(*Margarita también mira con asombro a Pamplinas.*)

PAMPLINAS.—(*A Margarita, cariñosamente.*) Margarita... Sentiría que creyeses que trato de decirte algo desagradable.

MARGARITA.—Estoy dispuesta a todo, porque todo lo espero hace tiempo.

PAMPLINAS.—¿Que lo esperas todo? Creo que lo que yo voy a decirte no lo esperas en absoluto, Margarita...

MARGARITA.—Sí. Hasta ahora hemos seguido paso a paso aquella antigua historia de "La dama de las camelias", y no podía faltar la visita del padre, que ruega a Margarita que abandone a Armando... Pero en algo tenía que diferenciarse aquella historia de la actual, y Margarita, esta vez, no accederá. Nada de sacrificios inútiles... Nada de dejar lo dulce por lo amargo. Nada de buscar héroes donde sólo hay una mujer y un hombre que se quieren... ¡No me separaré de Armando nunca!... ¡Nunca!...

PAMPLINAS.—¿Ves como no podías esperar lo que voy a decirte? Yo no te pido ese sacrificio, Margarita. Yo he decidido inclinarme ante los hechos consumados.

MARGARITA.—¿Qué?

(*Armando tampoco da crédito a sus oídos.*)

PAMPLINAS.—Que he comprendido que él te quiere, y sobre todo, que tú le quieres a él. He sabido que has llegado hasta vender tus joyas por...

MARGARITA.—(*Levantándose.*) ¿Eh? ¿Quién ha dicho eso? ¿Cómo se ha sabido eso? ¡Es mentira!

ARMANDO.—¡Margarita! ¡Yo se lo he dicho! (*Va hacia ella*) ¡Yo sé que es verdad!

MARGARITA.—¡Oh! (*Quedan abrazados.*)

PAMPLINAS.—(*A Landaluce aparte, guiñándole un ojo.*) ¿Se un estratega o no?

LANDALUCE.—¡Eres un artista!

PAMPLINAS.—Pues verás ahora el golpe final... (*Se acerca a Margarita y Armando.*) No niego que venía con la intención de separaros. Pero después de ver lo que he visto sólo se me ocurre deciros una cosa: ¡Quereos, hijos míos! ¡Quereos y sed felices!

ARMANDO.—(*Dándole las manos, agradecidísimo y alegre*) ¡Papá! ¡Papá! Nunca he dudado de ti...

PAMPLINAS.—Ni yo, hijo mío. Tampo yo he dudado nunca de mí. Es la primera condición para el éxito. Y como todo no ha de ser palabras, he decidido pasaros una pensión mensual...

ARMANDO.—¿Una pensión mensual?

PAMPLINAS.—Sí. Tres mil pesetillas... Para que Margarita no tenga que vender más joyas...

ARMANDO.—¡Déjame que te abrace fuerte! ¡Fuerte! ¡De todo corazón! (*Abraza a Pamplinas.*) ¡Papá!...

MARGARITA.—(*Llorando con toda su alma.*) ¡Dios mío de mi vida!

ARMANDO.—Pero, ¿qué es eso, Margarita? ¿Lloras?

MARGARITA.—Sí... de alegría... de... ¡No sé! ¡Déjame!... (*Se va a ocultar sus lágrimas por la izquierda.*)

PAMPLINAS.—Vámonos nosotros también. Es tarde y yo tengo que hacer en Madrid... Anda, Landaluce...

(*Por izquierda sale ANTOÑITO con el clavel convertido en un botoncito.*)

ANTOÑITO.—(*A Armando.*) ¡Enhorabuena, chico!

ARMANDO.—¿Pero qué le ha pasado a tu clavel, Antoñito?

ANTOÑITO.—¿Qué le va a pasar? Que me lo ha podado el "Caballo de Atila". (*Mutis con la maleta.*)

ARMANDO.—Papá, este es mi día más felz.

PAMPLINAS.—Y el mío, Armandito, y el mío...

ARMANDO.—Estoy en camino de lograr todos mis deseos.

PAMPLINAS.—Y yo, hijo mío, y yo...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

Un saloncito íntimo de esos que hacen agradable una velada y hacen dichoso un hogar, siempre que en ese hogar exista dicha suficiente para ello. Lujo, lujo escrupuloso, auténtico y refinado. Dos puertas- una en la derecha y otra en el foro. Lámparas.

*(Al levantarse el telón, en escena ARMANDO y MARGARITA. Las lámparas, apagadas. Está próximo el anochecer de un día de invierno. Margarita, en un sillón de la derecha, hojea una revista ilustrada. Armando, en el otro extremo de la escena, de espaldas a Margarita y sentado ante una mesita bajà, se dedica a hacer solitarios con una baraja francesa. Sobre ambos pesa un aburrimiento feroz. En la habitación de al lado se supone que están FLORA y ANTOÑITO, nuestros antiguos amigos, ensayando un baile. De vez en cuando se oye su diálogo, su pataleo, las voces con que cuentan los pasos, y cuando se indique, se oirá dentro también el rumor de un piano que toca un vals. Hay una breve pausa.)*

FLORA.—*(Dentro.)* ¡Una, dos, tres, cuatro! ¡Dos pasos a la derecha! ¡No, hombre, no!

ANTOÑITO.—¡Es que me armas un lío!

FLORA.—(*Dentro.*) Vamos a probar el vals. (*El vals suena dentro, en el piano, durante unos instantes, deja de sonar y se oye de nuevo la voz de Flora.*) ¡No es así! ¡¡No es así!! Eso no es bailar, Antoñito... ¡Eso es pisar uva!

ANTOÑITO.—(*Dentro.*) Bueno; vamos a descansar un poco... (*Deja de oírse a Flora y Antoñito. Una breve pausa.*)

MARGARITA.—(*Sin dejar de hojear la revista. A Armando.*) Inglaterra está construyendo dos nuevos dirigibles. ¿Me oyes?

ARMANDO.—(*Levantando la vista del solitario que está haciendo.*) ¿Eh?

MARGARITA.—Que Inglaterra está construyendo dos nuevos dirigibles.

ARMANDO.—(*Con una total falta de interés para Inglaterra y su potencia aérea.*) ¡Ah, bueno!

(*Un silencio.*)

MARGARITA.—(*Dejando de leer otra vez.*) ¡Qué cosas!...

ARMANDO.—¿Los dirigibles?

MARGARITA.—¿Qué dirigibles?

ARMANDO.—Los dirigibles de Inglaterra.

MARGARITA.—No me refería ahora a eso, hombre. Es que aquí publican una receta de repostería que me ha extrañado... "Cómo se pueden hacer sin pasas los puddings de pasas"...

ARMANDO.—Eso es muy viejo. De la época del pastel de liebre. (*Sigue con su solitario.*)

MARGARITA.—(*Después de un silencio.*) Y se van a hacer más grandes...

ARMANDO.—¿Los puddings?

MARGARITA.—Los dirigibles. (*Hojeando la revista de nuevo.*) Y tendrán una forma distinta.

ARMANDO.—¿Los puddings o los dirigibles?

MARGARITA.—Los puddings. (*Pasando más hojas de la revista.*) Y en la primavera se estilarán más largos.

ARMANDO.—¿Los puddings o los dirigibles?

MARGARITA.—¡Los vestidos, hombre, los vestidos! Se estilarán más largos y con el talle alto y estrecho. ¿Te enteras?

ARMANDO.—Sí.

MARGARITA.—¿Y qué dices a eso?

ARMANDO.—Que no me opongo.

MARGARITA.—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

ARMANDO.—¿Qué quieres que diga? ¿O es que estoy en la obligación de contestar algo genial?

MARGARITA.—No. Nadie te pide respuestas geniales. Sería excesivo...

ARMANDO.—Muchas gracias por el piropo. Pero no sé de qué

te extrañas...; creo que alguna vez te advertí que yo no tenía talento.

MARGARITA.—Sí, y fué inútil. Yo lo hubiera notado aunque tú no me lo hubieras advertido... Pero... ¿quieres decirme cuándo vas a dejar de hacer solitarios?

ARMANDO.—¿También te molesta?

MARGARITA.—Dijo un filósofo que...

ARMANDO.—¡Por Dios, Margarita! Olvida un poco a los filósofos... De un tiempo a esta parte los traes y los llevas de un modo agotador.

MARGARITA.—¿Agotador... para ti?

ARMANDO.—Para mí y para ellos.

MARGARITA.—(*Continuando lo que iba a decir.*) Dijo un filósofo, a propósito de los juegos de cartas, que los seres que no tienen ideas que manejar manejan pedazos de cartón...

ARMANDO.—¡Muy bonito! Pero hacía falta saber a qué se dedicaba aquel filósofo cuando se aburría...

MARGARITA.—(*Ofendida.*) ¿Eh?

ARMANDO.—Porque yo recuerdo haber oído decir a otro filósofo que cualquier hombre encerrado a solas junto a una caja de soldaditos de plomo acabaría jugando con los soldados...

MARGARITA.—¡Gracias, hijo!... Porque eso de que te aburres también es un piropo para mí.

ARMANDO.—Donde las dan las toman.

MARGARITA.—(*Dejando la revista y levantándose.*) ¡Por favor! ¡Todo menos refranes!

ARMANDO.—Son la sabiduría popular...

MARGARITA.—(*Preparada a discutir.*) Son la vulgaridad condensada...

ARMANDO.—(*Cortando la discusión naciente.*) Margarita: quizá es mejor que sigas leyendo tu revista en busca de un nuevo pudding, una nueva moda o un nuevo dirigible.

MARGARITA.—(*Apoyándose en un mueble.*) No tengo ganas de seguir leyendo.

ARMANDO.—Me extrañaría estar de acuerdo ni siquiera una vez. (*Hay unos instantes de pausa. Por el foro sale JUSTINA. Es una doncella joven. Trae un pequeño envoltorio de papel de periódico.*)

JUSTINA.—Con el permiso de los señoritos... Señorita, que ahí fuera está el trapero...

MARGARITA.—¿El trapero?

ARMANDO.—(*Sarcástico.*) ¡Buena visita para charlar un rato!

JUSTINA.—Que dice que lo perdonen que no haya venido antes, pero que como vive en Tetuán, esto le pilla muy lejos y...

MARGARITA.—Bueno, ¿y qué quiere el trapero?

JUSTINA.—Pues que dice que se ha encontrado esto en el carro y que le parece que es de aquí... Y que, por si les vale a los señoritos y lo han echado a la basura distraidamente, que viene a devolverlo...

MARGARITA.—A ver... (*Coge el envoltorio, lo deshace y saca de él un librito muy viejo, muy roto y muy sucio. Con asombro.*) ¡Un libro!

ARMANDO.—(*Acercándose interesado.*) ¿Un libro? ¿Qué libro es ese?

MARGARITA.—(*Abriendo el libro y leyendo el título lentamente.*) Rubén Darío. Poesías escogidas. (*Hay una pausa larga. Algo estrangulada la voz en la garganta de Margarita. Armando se retira lentamente a un sillón, dónde se sienta con un codo apoyado en el mueble, la barbilla sobre la mano y la vista fija en la pared. Margarita, profundisimamente impresionada, guarda silencio unos instantes y luego, venciendo su angustia, abre el libro por el medio. Leyendo con voz apagada.*) "¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier?" (*Una pausa. Margarita vuelve la cabeza y mira a Armando.*)

ARMANDO.—(*Levantándose nervioso e irritado.*) ¡Me parece que no es este el momento de leer versos! ¡Ese hombre está esperando...

MARGARITA.—(*Amargamente.*) Tienes razón. No es correcto hacer esperar al trapero... (*A Justina, dándole el libro.*) Toma. Dile a ese hombre que el libro es, en efecto, de aquí; pero que, de puro sabido, lo hemos olvidado y que ya no nos interesa...

ARMANDO.—Eso es. Que se lo quede él para leerlo al ir y venir de Tetuán y así los viajes se le harán más cortos. Y dale un par de pesetas, que es lo que habrá venido buscando.

MARGARITA.—Justo. Y dale un par de pesetas, porque todo no ha de ser poesía. ¡Nadie como los hombres para unir a la poesía la realidad!

JUSTINA.—¿También eso se lo tengo que decir al trapero?

MARGARITA.—No. Lo he dicho para mí sola. Y eso el trapero lo sabe de sobra... ¿Dónde está Julia?

JUSTINA.—(*Deteniéndose.*) En su cuarto leyendo, señorita.

MARGARITA.—(*Dejando escapar su ira por algún lado.*) ¡Leyendo! ¡Siempre leyendo! ¡Dichoso folletín!... Que venga, que la llamo yo...

JUSTINA.—Sí, señorita. (*Justina se va por foro llevándose el libro. Dentro vuelve a oírse, piano para no estorbar el diálogo, el vals que sonó al principio del acto, señal indudable de que Flora y Antoñito han vuelto a ensayar. Una pausa.*)

MARGARITA.—¿Cómo te explicas que el libro de Rubén haya tenido ese fin?

ARMANDO.—¿Y yo que sé? Andaba rodando por ahí...

MARGARITA.—Ha sido una lástima, porque era una edición muy bonita.

ARMANDO.—Me imagino que en las librerías habrá más ejemplares.

MARGARITA.—Sí. Eso es verdad... Habrá más ejemplares... para otros Armandos... y otras Margaritas... (*Armando se alza de hombros.*) En cuanto a nosotros, nuestra edición era esa... y se ha agotado. (*Armando, que ya se iba, se detiene pensativo al oír las últimas palabras. Margarita le mira de un modo desgarrador y él, se resuelve por fin a hacer mutis derecha silbando. Por foro entra Julia.*)

JULIA.—(*A Margarita.*) ¿Qué querías?

MARGARITA.—(*Furiosa pagando con Julia su rabia, que no es más que lágrimas contenidas.*) Saber si hay manera de darte un recado que no tenga que ver con tu folletín... ¡Qué eso ya pasa de chifladura, Julia!...

JULIA.—¡Vaya por Dios! Nublao tenemos... A este paso me voy a tener que comprar un impermeable y unos chanclos para andar por casa...

MARGARITA.—¡Es que hay cosas que crispan, y ver a una persona dedicada meses enteros a pasar hojas, es una de ellas!

JULIA.—(*Muy tranquila.*) Me puedes decir lo que quieras. Estoy vacunada contra las broncas... Como tu comprenderás, ahora que ya leo de corrido y que hay día que me meto en el cuerpo sesenta páginas, no voy a dejarlo todo en el cuarto tomo, sin saber cómo sale de la prisión la hermosa Angélica...

MARGARITA.—(*Cortándole el entusiasmo.*) ¡No me importa nada de eso!

JULIA.—Pues peor para tí, porque la novela es muy preciosisma. (*Una pausa.*) ¡Que leo a todas horas! ¡Pues a ver que va a hacer una más que leer en una casa del aburrimiento de ésta! ¡Si esto no se diferencia de un convento más que en que no nos gustan los potajes! ¡Si aquí pa conseguir un gato estable hay que ofrecérle sueldo y salida los jueves y domingos! ¡Aquellos tiempos en que todo era visiteo, y organizar excursiones, y ver caras nuevas, y que el Antoñito y la Flora se liaban a romper cacharros... Hasta esos han venido a menos; casaos y preparándose pa bailarines serios... Y cuando entran en casa es pa pasarse la tarde ensayando un vals de esos que hacen llorar. ¡Que leo a todas horas!...

MARGARITA.—(*Después de una pausa; reflexiva.*) Pues estáte

tranquila y alégrate, porque si es esta clase de vida la que te hace leer, yo te aseguro que no acabas el cuarto tomo...

JULIA.—¿Y eso?

MARGARITA.—Porque también a mí me duelen los nervios, y estoy dispuesta a poner punto final.

JULIA.—(*Sin extrañarse.*) Bien, mujer.

MARGARITA.—¿No te alegras?

JULIA.—Si yo acabase de llegar de un pueblo de la provincia de Zamora, puede que me alegrase; pero una ha vivido toda su vida en Madrid y además conoce el corazón humano, que dijo el otro...

MARGARITA.—Entonces, ¿es que no me crees?

JULIA.—Creer tus palabras, sí. Pero para creerme los hechos, ¿qué quieres, hija, necesito una orden del juez. ¿Tú has echao cuenta de las veces que me has dicho eso mismo en poco más de un año?

MARGARITA.—Ahora va de veras, Julia. ¡Desgraciadamente!

JULIA.—A ti te pasa lo que a la hermosa Angélica; que mientras Malatesta se oponía a sus amores con Leonelo, ella estaba por él que se soltaba las trenzas, y en cambio, desde que la encerraron en el mismo calabozo que Leonelo, pues le ha tomado asquito... Y como se presente Leovigildo, sucumbe. (*Margarita sentada nuevamente, en actitud pensativa, no contesta.*) ¿Qué os pasó al principio a tí y a Margarito?... Pues que...

MARGARITA.—¡Te he dicho que no me gusta que le llames Margarito!

JULIA.—Bueno. ¿Qué os pasó al principio a ti y a Armando? Pues que como el padre de él estaba farruco, y le había retirado la pensión, y el porvenir se presentaba oscuro, todo era amor, y coger florecitas, y tumbarse en los muebles, y decirse romances. ¿Y qué os ha pasao luego? Pues que en cuanto estuvisteis juntos a todas horas y con el porvenir asegurao se os fué acabando el gas... Ahora, que de eso a que terminéis del todo, todavía hay distancia...

MARGARITA.—Ninguna distancia, Julia; eso es inminente.

JULIA.—No sé lo que quiere decir inminente, pero no lo creo.

MARGARITA.—Esto cada vez tiene menos arreglo. Yo no le digo ya nada a Armando. Ni él a mí...

JULIA.—Ahora puede que no te diga nada, pero ya verás las cosas que te dice cuando le hables de eso.

MARGARITA.—Ni entonces tampoco. Hemos cambiado mucho. Parecemos extraños el uno al otro. Yo ningún día dejo de preguntarme si él es aquél... y si yo soy aquélla... Y él, por su parte, debe de hacerse idénticas preguntas. Las cosas no son nunca como uno quisiera que fuesen...

JULIA.—Desde luego...

MARGARITA.—Y lo eterno es mentira. Y todo concluye, Julia... Y todo pasa!...

JULIA.—Hasta las procesiones. ¡Ya he visto, ya, que el librito de los romances ha acabado en la basura!

MARGARITA.—¿Y eso no te prueba que esta vez ha concluído todo?

JULIA.—Pchs... Eso es como las tormentas cuando amagan; que puede ser que sí y puede ser que no.

MARGARITA.—¿Se te olvidó llevarle mi carta a Landaluce?

JULIA.—Eso puede ser que no.

MARGARITA.—¿Y se la diste en propia mano?

JULIA.—Eso puede ser que sí.

MARGARITA.—¿Qué te dijo?

JULIA.—Que os convidaría esta tarde al teatro y que allí tendríais ocasión de hablar. Me dijo más. Me dijo que esto ya lo esperaba él.

MARGARITA.—Sí. En amor el que espera es el que gana.

JULIA.—Eso quiere decir que Landaluce va a ser tu Leovigildo.

MARGARITA.—Landaluce no me interesa, Julia; ni me interesa ninguno ya. Pero necesito alguien que me empuje a decidirme y ahora estoy resuelta a recobrar hoy mismo mi independencia y mi libertad. ¿Asistir más tiempo a este espectáculo de un amor muerto? No, no... Es demasiado terrible...

JULIA.—Total; que te has liao la manta... ¡Pues va listo Margarito!...

MARGARITA.—(*Severa.*) ¡Julia!

JULIA.—Perdona. No se me volverá a escapar... (*Por la derecha sale Flora, con traje de calle, y hablando con Armando y Antoñito que se supone que quedan dentro.*)

FLORA.—No, no, que se me hace tarde. Ha dado ya la media.

MARGARITA.—¿Te vas?

FLORA.—Tengo función a las seis y en el teatro están hechos unos pesados con las multas. Ayer le pusieron cinco duros nada menos que a Luz de Bengala. Me lo hacen a mí y se queda Antoñito quince días sin tomar café.

JULIA.—¡Pobrecillo! Siempre es él el que paga las economías...

FLORA.—Para eso soy yo la que paga los excesos... (*A Margarita.*) Por cierto, que ayer me preguntó por ti...

MARGARITA.—¿Quién?

FLORA.—Luz. Me dijo que a ver cuándo ibas por el teatro; ¡qué no se te ve en ningún sitio!...

MARGARITA.—La explicarías...

FLORA.—Sí. Ya la dije que estabas aún en plan formal.

MARGARITA.—¿Y qué contestó?

FLORA.—Que consultaras a Marañón, a ver si él puede hacer algo...

JULIA.—¡Es la de siempre!

MARGARITA.—¿Sigue con Manolo?

FLORA.—Ya lo creo. Y por culpa de él ha acabado con tu suegro.

MARGARITA.—¿Con mi suegro?

FLORA.—Bueno... con el padre de Armando.

MARGARITA.—¿Qué me dices?

FLORA.—Sí, hija, sí. Anoche estaba Pamplinas en la fila cero, como de costumbre, y, como de costumbre también, se había dormido; Manolo, tres filas más atrás, empezó a timarse y hacer el idiota con Luz, en el momento en que salíamos para el número de las patinadoras. En esto se despertó Pamplinas, se dió cuenta de todo, porque ya estaba con la mosca en la oreja, insultó a Manolo, se enzarzaron y tuvieron que sacarlos tirando de la alfonbra. El público les aplaudió la mar...

JULIA.—¡Aguanta!

FLORA.—Pamplinas y Luz han roto para siempre. Y hoy en el ensayo se decía que Pamplinas hablaba de retirarse a un convento...

JULIA.—¡A un convento!...

MARGARITA.—¡Qué tonterías!...

FLORA.—¡Palabra, chica, que me lo ha asegurao "la Citroen"!...

JULIA.—(*Incrédula.*) ¡Pero venga ya!

FLORA.—Bueno, pues si no lo creéis, allá penas. (*Mirando su reloj de pulsera.*) ¡Madre mía, la media y cinco! Me voy, me voy... (*Asomándose a la puerta de la derecha y dirigiéndose a Antoñito, que se supone que está dentro.*) ¡Hasta luego! (*A Margarita.*) Y tú, no seas prima, y sal y diviértete... que hay que cambiar de vida...

MARGARITA.—Sí. Hay que cambiar de vida. También yo he pensado en eso... (*Por el foro entra Justina.*) Cambiaré de vida, Florita, cambiaré...

JUSTINA.—(*Anunciando.*) Señorita, el señor...

MARGARITA.—Pásalo aquí. (*Justina se va por donde vino.*)

FLORA.—Eso es que viene a anunciarnos su retirada al convento.

MARGARITA.—(*Sonriendo.*) ¡Qué boba eres! (*A Julia.*) Julia, avisa a Armando. (*Julia se va por la derecha. Entonces por el foro sale Pamplinas. Viene con el sombrero puesto y extraordi-*

*nariamente ladeado, de manera que le tapa por completo el ojo derecho.*)

PAMFLINAS.—Salud, Margarita. (*A Flora.*) ¡Hola, Florín!

MARGARITA.—Buenas tardes. (*Iniciando el mutis con Flora.*)

FLORA.—(*Señalando la posición del sombrero de Pamplinas.*) ¡Huy, que chulo!

PAMPLINAS.—Sí... es que ahora es moda ponérselo así, un poco ladeadillo... ¿Armando anda por ahí?

MARGARITA.—Ha ido la Julia a avisarle.

PAMPLINAS.—Muy bien. Bueno... No os detengo. Hasta luego. (*A Flora.*) Que te aplaudan mucho hoy...

FLORA.—Gracias. (*A Margarita en el mutis.*) ¿Sabes que me choca que lleve el sombrero así? (*Se van ambas por el foro.*)

PAMFLINAS.—(*Después de cerciorarse de que se han marchado.*) ¡Claro! Todos se creen que voy presumiendo de tipo. (*Se quita el sombrero con precauciones y aparece su ojo derecho totalmente negro, lo que demuestra que en la bronca de la noche anterior hubo más que palabras.*) Y cuando me lo destapo es peor. Lo debo tener muy mal... (*Tocándose el ojo*) porque un niño que iba llorando, se ha callado al verme, y otro que iba riendo, se ha echado a llorar; y el portero me ha preguntado con mucho interés que dónde me empezaba la cara... y menos mal que no me lo ha visto Florita, porque ella habría atado cabos y se hubiese ido al teatro contando que en lo de anoche hubo heridos... (*Por el foro vuelve a salir Flora, avanza rápidamente de puntillas, se inclina sobre Pamplinas que se ha sentado y le examina la cara.*)

FLORA.—(*Al verle el ojo.*) ¡Ya me parecía a mí! (*Y se vuelve a ir por el foro, satisfecha de su perspicacia.*)

PAMPLINAS.—(*Despachurrado.*) ¡Bueno! Pues a las seis lo saben en todo el teatro: a las siete en todo Madrid; esta noche llega la noticia a Londres y mañana lo comentan en la Argentina... (*Por la derecha sale Julia en dirección al foro y se detiene al ver a Pamplinas.*)

JULIA.—¡Atiza! ¡Don Ricardo! ¿Qué le ocurre? Pero no me diga usté na. Eso es de lo de anoche.

PAMPLINAS.—(*Abrumado.*) Ya lo sabe ésta. Pues me he quedado corto; en la Argentina lo van a comentar dentro de un rato.

JULIA.—¡Ese Manolo es un cafre! Hay que ver cómo le ha puesto a usté el ojo...

PAMPLINAS.—Nada. No es nada. Que me metió por él una manga.

JULIA.—¡Una manga de riego sería!

PAMPLINAS.—¡Y claro, me lo rozó un poquito!...

JULIA.—¡Se lo ha rozao a usté como un neumático! Pero, ¿y

por qué no madrugó usté y le sacudió en todo lo alto de la cabezota?

PAMPLINAS.—No; si yo madrugué, pero se conoce que él no se había acostado.

JULIA.—Dese usté árnica y ácido bórico a discreción.

PAMPLINAS.—Gracias, Julia, gracias.

JULIA.—¡Vamos! ¡Que hace falta ser bruto! (*Se va por el foro.*)

PAMPLINAS.—(*Abochornado.*) Nada... que lo saben ya todos... (*Por la derecha sale Armando, seguido de Antoñito.*)

ARMANDO.—¿Cómo tú por aquí, papá? (*Viéndole el ojo.*) ¿Eh? ¿Qué es eso?

PAMPLINAS.—Ya puedes figurártelo... (*Confesando avergonzado.*) Lo de anoche... Lo de ese Manolo...

ARMANDO.—¿Lo de Manolo? ¿Te ha ocurrido algo anoche con Manolo?

PAMPLINAS.—(*Aparte.*) Pues resulta que éste no lo sabía. Soy un idiota.

ANTOÑITO.—(*A Armando.*) Sí, hombre. ¿No te lo he contado yo? A mí me lo dijo Flora. Pero no es nada: total, que tuvieron unas palabras más altas que otras...

PAMPLINAS.—Y con una de las medianas me hizo ésta...

ARMANDO.—¡Pues ese marchoso se verá las caras conmigo!

PAMPLINAS.—¡Quita, hombre! Tú que te vas a meter en jaleos. La culpa la tengo yo por haber sido como he sido hasta ahora, y ya me he encontrado lo que merecía. ¡Pero hasta aquí llegué! Porque ya es hora de empezar a ser de otra forma. ¡Estoy decidido! Y desde hoy te aseguro que lo dejo de ser como era o dejo de ser quien soy...

ANTOÑITO.—Tranquilícese, señor Jáuregui, que se hace usted unos líos tremendos.

PAMPLINAS.—Estoy avergonzado de mí mismo, Armando.

ARMANDO.—Bueno, papá, deja ya ese asunto...

PAMPLINAS.—¡No quiero dejarlo! Necesito tranquilizar mi conciencia contándotela todo a ti, que eres para mí como un confesor... ¡Y para eso he venido!

ARMANDO.—Vamos, papá, vamos...

PAMPLINA..—(*Arrepentidísimo de sus pecados con un arrepentimiento furioso.*) ¡Sí, señor! ¡Esto del ojo me lo ha hecho ese Manolo, a quien yo insulté anoche por culpa de una mujer! ¡Porque quiero que sepas que nos pegamos por Luz!

ANTOÑITO.—Y él lo dejó a usted a oscuras...

PAMPLINAS.—(*Siempre dirigiéndose a Armando.*) ¡Pero quiero que sepas también que no volveré a ponerme en ridículo! Y que he acabado con esa mujer, y con todas para siempre.

ARMANDO.—Bueno, papá.

PAMPLINAS.—Y que en lo sucesivo, seré un padre como los demás y tú no tendrás que volver a avergonzarte de mí...

ARMANDO.—(*Sonriendo.*) ¡Pero si yo no me avergüenzo de ti!...

PAMPLINAS.—¡Sí que te avergüenzas! ¡Y si no te avergüenzas, pues peor, porque entonces el que se avergüenza aún más soy yo.

ANTOÑITO.—Señor Jáuregui, que ya está usted otra vez en pleno lío...

PAMPLINAS.—¡Antoñito, déjame en paz! (*A Armando con un arrepentimiento cada vez más imponente.*) ¿Es que no es vergüenza para un hijo tan serio y tan formal como tú saber que anoche a su padre lo sacaron en volandas seis acomodadores y dos empleados de contaduría de un teatrucho de revistas?

ARMANDO.—Vamos, papá...

PAMPLINAS.—¿Y saber que el público le aplaudió el mutis? ¿Y saber que, después de aquello, todavía fué a ver a la mujer que tenía la culpa de todo y que ella lo echó de su cuarto con un zapato en cada mano?

ARMANDO.—Papá, no me cuentes más...

PAMPLINAS.—¡Te lo cuento para que me digas: ¡te desprecio! Y para contestarte yo: Armando, hijo, el arrepentimiento lava todas las culpas y yo estoy arrepentido.

ARMANDO.—Muy bien, papá.

PAMPLINAS.—¡Nada de muy bien! ¡Tienes que decirme: te desprecio!

ANTOÑITO.—(*Aparte.*) Se ha vuelto masoquista.

ARMANDO.—Pero, hombre, padre...

PAMPLINAS.—Nada, hasta que no me lo digas no me voy...

ANTOÑITO.—(*Aparte.*) ¡Qué perras coge!

PAMPLINAS.—¿Me lo dices o no?

ANTOÑITO.—(*A Armando.*) Díselo para que se calle.

ARMANDO.—(*Riendo.*) Bueno, bueno... te lo diré... (*Poniéndose serio.*) Papá: te desprecio.

PAMPLINAS.—Armando, hijo, el arrepentimento lava todas las culpas y yo estoy arrepentido... ¡Así!... (*Muy contento.*) Y de esta hecha se acabaron las inmoralidades; porque yo he sido siempre un inmoral; lo declaro espontáneamente.

ARMANDO.—(*Con un suspiro.*) Ser moral o inmoral... ¿quién sabe de eso? (*Se retira a un sillón.*)

PAMPLINAS.—Yo sé de eso. De algo ha de valer la experiencia.

ANTOÑITO.—¿Y qué es ser inmoral, señor Jáuregui?

PAMPLINAS.—Ser inmoral es gastarse el dinero en aburrirse.

ANTOÑITO.—¿Y ser moral?

PAMFLINAS.—Ser moral es aburrirse gratis. (*Ríen.*)

ANTOÑITO.—Por mi parte me reconozco un inmoral de cuerpo entero. Y lo único que siento es que Florita ha tomado en serio lo de que formemos pareja de baile y voy a acabar trabajando.

PAMPLINAS.—Defiéndete; un inmoral no debe trabajar nunca.

ANTOÑITO.—¿Y cómo defenderme?

PAMPLINAS.—Negándote a bailar.

ANTOÑITO.—Sería inútil. Cuando los demás imponen su voluntad puede uno negarse a todo menos a eso: a bailar. Y si no, ahí tiene usted los osos de los húngaros.

PAMPLINAS.—Pues si no te defiendes estás perdido.

ANTOÑITO.—Más perdido que Amundsen; con decirle a usted que ya domino el vals acrobático... (*A Armando.*) ¿Y tú, Armando, que crees ser, moral o inmoral?

ARMANDO.—Con arreglo a las definiciones de mi padre, las dos cosas. Soy inmoral, porque el dinero me lo gasto en aburrirme, y soy moral, porque como ese dinero me lo da él, en realidad me aburro gratis.

PAMPLINAS.—No cabe duda que cada vez que vengo a esta casa os encuentro a Margarita y a ti más... ¡Vamos!... Más... así...

ARMANDO.—Entre Margarita y yo ya no hay otra cosa que la costumbre de vernos a diario. (*Por el foro ha entrado Margarita, vestida de calle, con sombrero, a tiempo de oír las últimas frases.*)

MARGARITA.—Y cuando dejemos de vernos ni eso...

ANTOÑITO.—Margarita...

PAMPLINAS.—(*A Antoñito.*) Las mujeres son como los tranvías. se hacen esperar siempre y llegan cuando ya no hacen falta.

ARMANDO.—(*Que ha vencido con firmeza la turbación que le produjo la entrada de Margarita.*) ¿Sales?

MARGARITA.—Venía a decirte que Landaluce nos ha invitado al teatro.

ARMANDO.—¿Landaluce?

MARGARITA.—Sí. Acaba de enviar un palco con el recado de que nos reuniríamos allí.

ARMANDO.—Muy bien. Pues ve.

MARGARITA.—¿Y tú no?

ARMANDO.—Discúlpame, Margarita, pero no tengo ganas de ir al teatro hoy.

MARGARITA.—Todo está escrito.

ARMANDO.—¿Qué quieres decir con eso?

MARGARITA.—Nada. Que iré sola. O me acompañará hasta allí Antoñito.

ANTOÑITO.—Encantado. Estoy a disposición de las empresas.

MARGARITA.—(*A Armando.*) Pero antes quisiera decirte dos palabras, Armando.

ARMANDO.—¿Y por qué no puede ser después?

MARGARITA.—Porque no.

ARMANDO.—Es la razón más poderosa que conozco... Pues tú dirás...

ANTOÑITO.—(*Que ha iniciado el mutis con Pamplinas. Aparte.*) Me huele muy mal; muy mal... (*A Pamplinas.*) ¿Usted qué cree?

PAMPLINAS.—(*En el mutis.*) Que si te gusta este pisito, dentro de un rato Armando no tendrá inconveniente en alquilártelo amueblado. (*Pamplias no disimula su alegría.*)

ANTOÑITO.—¡Qué vista tiene usted!

PAMPLINAS.—Y eso que no me funciona más que un ojo... (*Se van por el foro. Quedan Margarita y Armando frente a frente, y corre por ellos la sensación fría de los momentos decisivos de la vida; él, que probablemente está más turbado que ella, se obstina en adoptar un aire más sereno.*)

ARMANDO.—¿Es muy largo lo que tienes que decirme?

MARGARITA.—No. Es corto.

ARMANDO.—Te lo preguntaba porque son las seis y corres el riesgo de llegar a función empezada. Sería lamentable que perdieras el primer acto.

MARGARITA.—No importa. El primer acto de las comedias se reduce a exponer el asunto...

ARMANDO.—Muy bien. Pues expón el tuyo...

MARGARITA.—El nuestro ha llegado al desenlace, Armando.

ARMANDO.—(*Sonriendo forzadamente.*) Me suponía que se trataba de eso...

MARGARITA.—Es natural. Las ideas están en el aire, como el agua, y un día se condensan y caen. Es la lluvia.

ARMANDO.—(*Volviendo a sonreír aún más forzadamente.*) Pues aquí me tienes dispuesto a aguantar el chaparrón...

MARGARITA.—Alégrate; es lo último que tendrás que aguantar de mí.

ARMANDO.—¡Por Dios, Margarita! Yo te oigo siempre con mucho gusto, y...

MARGARITA.—¿Galanterías?

ARMANDO.—¿Por qué no? ¿No se trata de un desenlace? Las galanterías aparecen siempre en el principio y en el final de las historias de amor...

MARGARITA.—Pues las del final de nuestra historia déjalas para el principio de otra. Yo te lo ruego.

ARMANDO.—Mis historias de amor concluyen con ésta, Margarita. No intentaré más aventuras...

MARGARITA.—¡Bobadas! ¿Quién te impedirá intentar más?

ARMANDO.—La experiencia.

MARGARITA.—Pero no hay que confundir la experiencia con los errores, Armando...

ARMANDO.—¿Crees que nuestra aventura ha sido un error?

MARGARITA.—Sí. Un error mío. Yo sabía lo que iba a suceder.

ARMANDO.—Y si lo sabías tan seguramente ¿por qué?...

MARGARITA.—¡Oh! Haces mal reprochándome haberte querido. Yo no me lo reprocho. Hubo una razón suprema; siempre hay una razón suprema para estas cosas... (*Una pausa. Armando interroga con el gesto; ella, contestando.*) Lo estúpido que es el corazón. (*Otra pausa.*) El corazón es estúpido, Armando; cree, asiste a su propio fracaso, y vuelve a creer, y a fracasar, y a creer de nuevo.

ARMANDO.—Es posible. Pero el mío ha fracasado una vez y no creerá más.

MARGARITA.—Creerá siempre.

ARMANDO.—Y el tuyo, fracasado ahora, ¿volverá a creer?

MARGARITA.—Ya no creerá nunca. (*Ante un gesto de sorpresa de él.*) Nuestros casos son distintos. En nuestra aventura tú has ganado, mientras que yo he perdido.

ARMANDO.—¿Qué he ganado yo?

MARGARITA.—La sabiduría para ser de muchas mujeres.

ARMANDO.—¿Y tú, qué has perdido?

MARGARITA.—La esperanza de ser para un solo hombre.

ARMANDO.—El hecho es que a ésto hemos llegado, Margarita.

MARGARITA.—Sí. Y dentro de un momento, me habré ido para no volver más. (*Una pausa; ligeramente.*) Dejaré dicho a Julia que recoja lo mío y que se reúna conmigo mañana o pasado...

ARMANDO.—¿Y vamos a separarnos así?

MARGARITA.—Pues ¿cómo? ¿Con gritos? ¿Con insultos? ¿Sientes tú ganas de gritar y de insultar? Yo tampoco. Para eso haría falta rabia, celos, pasión, como en otros tiempos... No es lo malo que haya insultos; lo malo es cuando se empieza a bostezar... (*Una pausa. Con cierta alegría sacada no se sabe de dónde.*) ¡Y tú has bostezado de lo lindo en los últimos tiempos! Sin duda te quedas con la idea de que no hay nada tan aburrido como una "entretenida"...

ARMANDO.—¡Qué lejos nuestro final de aquel de "La dama de las camelias" que tomamos como modelo! Margarita Gautier y Armando Duval se separaban queriéndose.

MARGARITA.—Porque se separaron antes de que les llegase la época de bostezar.

ARMANDO.—Y ella acababa muriendo en brazos de él.

MARGARITA.—Porque entonces había verdaderas enfermedades del pecho...

ARMANDO.—Y ahora las enfermedades del pecho son catarritos mal curados.

MARGARITA.—¡De algo había de servir el Guadarrama!

ARMANDO.—Por favor; no bromees.

MARGARITA.—Ya estoy seria. Contéstame a una pregunta...

ARMANDO.—Venga.

MARGARITA.—¿Cuándo te diste cuenta la primera vez de que nuestro amor había muerto?

ARMANDO.—Una mañana... Hace tres o cuatro meses. Íbamos de paseo. Nos cruzamos con unos muchachos que se te quedaron mirando, y uno de ellos dijo al otro: *¡Qué ojos!* Yo te miré... y pensé. *Pues no es para tanto.*

(*Una pausa.*)

MARGARITA.—Tu dato es suficiente.

ARMANDO.—Es verdad.

MARGARITA.—Y ya está todo dicho. Así es que...

ARMANDO.—Adiós, Margarita...

MARGARITA.—Adiós.

(*Van hacia el foro.*)

ARMANDO.—¿Seremos amigos?

MARGARITA.—Precisamente quería pedírtelo y se me olvidaba... Amigos, no. Quedar amigos después de todo lo que ha habido entre nosotros sería como invertir tres horas en una partida de ajedrez para acabarla en "tablas".

ARMANDO.—Pero nos volveremos a ver...

MARGARITA.—Tampoco. Pienso irme lejos...

ARMANDO.—Que seas feliz.

MARGARITA.—Y tú. (*Han llegado a la puerta y ella detiene a Armando, que pretende seguirla.*) No me acompañes. Déjame aquí, como si fuera a volver pronto.

ARMANDO.—Te recordaré siempre, Margarita.

MARGARITA.—Me olvidarás.

ARMANDO.—Y recordaré todo lo tuyo: tus joyas, el color de tus vestidos, la forma de tus sombreros...

MARGARITA.—Todo eso lo olvidarás también. Sólo dos cosas recordarás siempre.

ARMANDO.—¿Cuáles?

MARGARITA.—El sabor de mi piel y alguna música oída juntos. (*Se va por el foro. Larga pausa. Armando permanece junto a la puerta, como pegado, por una última atracción de la que*

*se va. Luego vuelve al centro de la escena; allí siente de pronto todo lo que significa la palabra soledad cuando deja de ser una palabra para convertirse en un hecho. Entonces se deja caer abrumado en un sillón cualquiera. Por la derecha entra PAMPLINAS sonriendo con el ojo que le queda útil, dándole vueltas al sombrero sobre el eje de un dedo, muy contento. Otro que no fuera él se daría cuenta de que Armando no está para bromas. Pero él es él.)*

ARMANDO.—(*Después de una pausa.*) ¿Se ha ido?

PAMPLINAS.—Toda. Y sin volver la cara. Como se van siempre las mujeres. (*Acercándose.*) Armandito, hijo, quiero ser el primero en felicitarte. El que pierde una mujer no sabe lo que gana.

ARMANDO.—Déjame.

PAMPLINAS.—Yo lo tenía previsto. La tratabas demasiado bien. Y ciertas mujeres son como los perritos "lulús", que en cuanto les han perfumado salen corriendo a revolcarse en la calle.

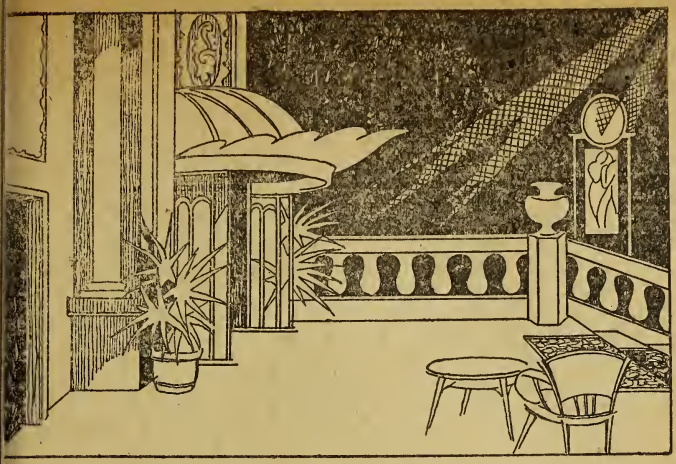
ARMANDO.—¡Calla! ¡Calla, papá! ¡Déjame solo! (*Oculta el rostro entre las manos.*)

PAMPLINAS.—(*Iniciando el mutis por la izquierda y hablando solo.*) Quizá la quiere aún..., quizá sufre... Yo debía hacer algo..., decirle algo... Pero no sé qué hacer... Ni qué decir... (*Decidiéndose. A Armando.*) Hasta luego. Cenaremos juntos, ¿eh? Y luego... ¡luego nos iremos un ratito al *cabaret!* (*Arrepentido de lo que acaba de decir. Aparte.*) ¡No! No era esto lo que le tenía que decir... Pero, nada, está visto... ¡No sirvo para padre! (*Se va muy desconsolado por la derecha.*)

(*Por el foro sale JULIA con dirección a la derecha.*)

JULIA.—(*Deteniéndose al ver a Armando, que sigue con el rostro oculto entre las manos; suspirando y moviendo la cabeza compasivamente.*) ¡Ay, "Margarito."! (*Inicia el mutis.*)

FIN DEL ACTO TERCERO



# ACTO CUARTO

erraza posterior de un Casino de Verano. Es un sitio tranquilo y silen-oso, a donde los ruidos de la tierra y del mar sólo llegan como un umor, al fondo, balaustrada corrida, y detrás de ella, el horizonte de . bahía, que (como el acto se desarrolla de noche) queda reducido un foro negro en el que brillan luces lejanas. A la derecha, la facha-a trasera del casino; en este lateral, en el segundo término, doble uerta de cristales a cuyos lados hacen guardia dos palmeras enanas. n el primer término, otra puerta mucho más pequeña destinada a ervicios particulares. A la izquierda, la balaustrada hace ángulo y se erde en el lateral, donde se supone que comienza una escalinata. Por puerta del segundo derecha sale un resplandor rojizo o amarillento. sta luz y la de un arco voltaico que se supone que está dentro (en izquierda, en el arranque de la escalinata) son las únicas que ilumi-an la escena. En la balaustrada cerca del ángulo de la izquierda, sos nida por dos barras, se ve una cartelera metálica encabezada con un trero que dice: "Ciro's" en el Casino. Y debajo del letrero, en la rtelera, un "affiche" que representa dos bailarines y con estas leyen-as: "La mayor atracción mundial. Antonet and Flory. Bailes acro-áticos. Despedida hoy". A lo largo de la balaustrada, bancos de ma-era o de médula, y en la derecha, cerca de la puerta del segundo rmino, dos grandes butacones que hacen juego con los bancos. Es. petimos, de noche, a eso de las doce y en verano. Durante todo este cto, y con intervalos, suenan lejos y muy apagadas diferentes músicas de baile.

*(Al levantarse el telón, en escena, CRISTINA, PAMPLINAS y RMANDO. Pamplinas está sentado en uno de los bancos de a balaustrada. Armando y Cristina, cogidos del brazo, de es-*

*paldas al público, contemplan el affiche de Antonet and Flor Cristina es una muchacha bonita y elegante, de aire dulce y u poco infantil.)*

ARMANDO.—¡Antonet and Flory! ¡Antoñito y Flora! La verda es que no puede estar más claro, y sin embargo, hasta que t (*A Pamplinas.*) no me lo has dicho, no he caído en ello. ¡Ant net and Flory! ¡Es gracioso!...

CRISTINA.—¿Son hermanos o matrimonio?

ARMANDO.—Matrimonio.

CRISTINA.—Parecen muy jóvenes y tienen cara de no hab roto nunca un plato...

(*Pamplinas y Armando ríen.*)

CRISTINA.—¿De qué os reís?

ARMANDO.—De nada, Cristina, de nada. (*A Pamplinas.*) ¿De de cuándo están aquí?

PAMPLINAS.—Desde hace dos semanas; se despiden hoy. Si v nís veinticuatro horas más tarde no conseguís verlos bailar.

CRISTINA.—Yo lo hubiera sentido de veras.

PAMPLINAS.—¿Tanto te interesa el baile? Pues no olvides nun ca que el baile es muy perjudicial para una muchacha.

CRISTINA.—¿Sufre la moral?

PAMPLINAS.—Súfre el hígado.

CRISTINA.—(*Riendo.*) Ya me extrañaba que tú hablases fo malmente, papá.

PAMPLINAS.—Tienes muy mal concepto de mí.

ARMANDO.—¿Y aquí han gustado?

PAMPLINAS.—Mucho.

CRISTINA.—Gustan en todas partes. Son un número mundia Lo que me ha extrañado es que fuesen amigos vuestros.

ARMANDO.—Lo fueron... en tiempos.

CRISTINA.—¿En los tiempos en que tú eras informal?

ARMANDO.—En los tiempos en que era informal mi padre.

CRISTINA.—(*Riendo otra vez.*) Entonces es una amistad toda la vida.

PAMPLINAS.—Aquí han tenido un escándalo de éxito. El d del debut estuvo "Ciro's" abarrotado. Y al acabar, las mujer opinaban que ella era una facha, pero que él era estupendo, los hombres decían que él era una birria, pero que ella era co losal.

ARMANDO.—Eso prueba que ha sido un éxito mutuo.

PAMPLINAS.—Sí, y gracias a los que la aplauden a ella y a l que le aplauden a él, se están haciendo de oro él y ella.

CRISTINA.—Lo más curioso es que desde Bruselas aquí nue tro viaje ha coincidido con su *tournée*.

ARMANDO.—¡Y yo sin caer en quien fuesen!

CRISTINA.—Siempre que llegábamos a un sitio nos encontrábamos con el dichoso *affiche* y con la consabida advertencia: *Teatro Tal o Cual. Hoy, despedida de Antonet and Flory*... Hemos venido pisándoles los talones...

PAMPLINAS.—Pues ya hace falta mala idea para pisarles los talones a unos bailarines...

CRISTINA.—¡Huy, papá, qué malo es eso!... (*Le tira cariñosamente de las narices.*)

PAMPLINAS.—No me tires de las narices, que suena un timbre.

CRISTINA.—¿Sí? A ver... (*Vuelve a tirarle de las narices.*)

PAMPLINAS.—(*Imitando el ruido de un timbre.*) ¡Rrrrrrrrrr!

CRISTINA.—(*Riendo.*) ¡Ay, qué célebre eres, papá! ¿Querrás reírmelo? Siempre he soñado con tener un suegro así...

PAMPLINAS.—Lo creo. Porque yo he soñado siempre también con que aquél... (*Por Armando.*) se casase con una chica como tú. Y ha sido el único sueño que he logrado realizar.

CRISTINA.—¿Pues qué has hecho con los demás sueños?

PAMPLINAS.—Roncarlos.

(*Se ríen los dos.*)

CRISTINA.—¡Chico, papá, te juro que contigo me río como en el cine!...

PAMPLINAS.—Pues yo me río como si mañana no tuviera colegio por la tarde... (*Vuelven a reír, encantados uno de otro.*)

ARMANDO.—(*Que ha vuelto a mirar el affiche, quizá porque su contemplación le recuerde muchas cosas.*) Si hubiera sospechado que el famoso Antonet fuese Antoñito... Pero, ¿quién iba a suponerlo con la poca maña que tenía para bailar cuándo ensayaba el vals acrobático?

PAMPLINAS.—Es que tres años de zapatetas dan de sí. Y ahora el vals acrobático es su número de fuerza.

CRISTINA.—¿Me lo presentarás?

ARMANDO.—Bueno.

PAMPLINAS.—Está al caer. Su actuación empieza a las doce, y ellos entran al casino por aquí, porque esto está casi desierto y en la terraza principal hay siempre público.

CRISTINA.—(*A Armando.*) ¿Y a ella, me la presentarás?

ARMANDO.—¿A la pareja de Antonet? No, no. A ella, no.

CRISTINA.—¿Y por qué?

ARMANDO.—Porque tú no puedes tratarte con cierta clase de mujeres, Cristina.

PAMPLINAS.—Hombre, total, por presentarla...

CRISTINA.—¡Claro!

ARMANDO.—Papá, haz el favor de darte cuenta alguna vez de donde acaba lo que está bien y donde empieza lo que está mal...

PAMPLINAS.—No. Si tienes razón. Tienes razón. No he dich nada.

CRISTINA.—Intercede, papaíto...

PAMPLINAS.—¡No, no! Tiene razón Armando. Tú no puede tratarte con cierta clase de mujeres...

CRISTINA.—¿Pero Antonet y Flory no son matrimonio?

ARMANDO.—Sí. Pero el suyo no es un matrimonio como nuestro, por ejemplo, Cristina.

CRISTINA.—¿Hay diferentes clases de matrimonio?

PAMPLINAS.—¡Puff! ¡Ya lo creo! (*Enumerando.*) El canónico el civil, el irrito, el in artículo mortis, el morganático, el traicionem...

CRISTINA.—¿Cuál es el a tracionem?

PAMPLINAS.—Para el hombre, todos.

CRISTINA.—¿Vas a hablar mal del matrimonio, papá?

PAMPLINAS.—Dios me libre de hablar mal de una cosa qu hace todo el mundo desde el Paraíso Terrenal a nuestros día

CRISTINA.—Adán y Eva no se casaron.

PAMPLINAS.—Por eso su pecado fué original. De joven si tu ve la manía de hablar mal del matrimonio, pero, de pronto un día se me quitó.

CRISTINA.—¿Cuándo?

PAMPLINAS.—Cuando me quedé viudo; hablar mal del matr monio es un deporte de hombres casados.

CRISTINA.—(*A Armando.*) Ya lo oyes.

ARMANDO.—Te he dicho varias veces que a mi padre hay qu quererle, pero no hacerle caso.

CRISTINA.—Entonces, ¿tú no hablas mal del matrimonio?

ARMANDO.—Del ajeno, a veces. Del mío, nunca.

CRISTINA.—(*Abrazándole.*) ¡Qué guapo eres!

PAMPLINAS.—(*Contemplando a Armando y Cristina que ha quedado abrazados. Aparte.*) Quisiera yo saber qué hacen lo padres en estos casos...

(*Por la izquierda entra ANTOÑITO, de frac, con gardenia c el ojal, triunfador y resplandeciente. Viene leyendo una cart que a cien pasos se nota que es una carta de amor.*)

ARMANDO.—(*Viéndole y yendo hacia él.*) ¡Antoñito! ¡Antoñ to, chico!

ANTOÑITO.—(*Guardándose la carta.*) ¡Armando! Pero ¡qu sorpresa! ¿Tú aquí?

ARMANDO.—He llegado... Mejor dicho: hemos llegado est tarde. Ven. (*Presentándole a Cristina.*) Mi mujer, que tiene mu chas ganas de conocerte y de verte bailar... Antoñito... o An tonet...

ANTOÑITO.—Señora... (*La besa la mano como sabe que debe acerlo un bailarín internacional que se estima.*)

CRISTINA.—Media Europa elogia el número de usted, Anto- et...

PAMPLINAS.—Y la otra media espera el *debut*.

ANTOÑITO.—Es usted muy amable, señora. Estoy encantado de aberla conocido y la felicito calurosamente por su matrimo- io, aunque me parece que en este asunto todas las felicitacio- es deben ser para Armando.

ARMANDO.—¡Chico, eso es una galantrería del siglo XVIII!

PAMPLINAS.—Es que también baila pavanas. (*Ríen.*)

CRISTINA.—¿Es verdad?

ANTOÑITO.—Sí es verdad, sí...

PAMPLINAS.—Antoñito ha aprendido mucho; ¡cómo desde que s bailarín se lo rifan las mujeres! Cuando lo ven bailar las spectadoras se quedan bizcas. Y a las bizcas se le ponen los jos bien.

ANTOÑITO.—Vamos, señor Jáuregui... ¿Qué va a pensar esta eñora de mí?

CRISTINA.—No se preocupe usted. Me limitaré a pensar que odo eso es un premio al mérito. ¿No cree usted igual?

ANTOÑITO.—Creerlo sería demasiado fatuo.

PAMPLINAS.—(*A Antoñito.*) Te conozco, Antoñito. Al llegar ve- ías leyendo una carta... ¿A que te ha escrito esa rubita que stás trabajando ahora? (*A Armando y Cristina.*) A ella la pro- ege un señor y éste... (*Por Antoñito*) acabará llevándosela le calle...

ARMANDO.—(*Reconviniéndole.*) ¡Papá, papá!...

PAMPLINAS.—(*Sin hacer caso.*) Y es que las rubias son irresis- ibles. Yo también tengo ahora una rubia estupenda que...

ARMANDO.—(*Estallando.*) ¡Hombre, papá! ¡Parece mentira que o te des cuenta de lo que dices! (*Coge a Cristina por un brazo y se retira a los sillones de la derecha indignado.*)

PAMPLINAS.—(*Despachurradísimo a Antoñito.*) Se ha incomo- dado. Tiene razón. Siempre tiene razón. Yo no me doy cuenta de lo que hablo... y es que, como estoy un poquillo sordo, pues no me oigo... Oye, y tú de tu rubia, ¿qué?

ANTOÑITO.—Me ha prometido darme esta noche la llave de su casa.

PAMPLINAS.—¡Bravo! Yo cada vez estoy más satisfecho de la mía; hasta me es fiel. ¡Yo creía que ya no había mujeres fie- les en el mundo! Pero ¿qué te pasa? Parece que estás ner- vioso...

ANTOÑITO.—Si lo estoy... Señor Jáuregui... Llévese dentro a su nuera, haga el favor.

PAMPLINAS.—¿Qué?

ANTOÑITO.—Necesito hablar con Armando. Prevenirle...

PAMPLINAS.—¿Pues qué pasa?

ANTOÑITO.—Que está aquí Margarita...

PAMPLINAS.—¿Margarita?

ANTOÑITO.—Va a llegar con Flora de un momento a otro. Se nos ha presentado hoy en el hotel, de vuelta de América.

PAMPLINAS.—Me llevaré a Cristina... Pero no hay cuidado Armando ha olvidado ya aquello.

ANTOÑITO.—Yo no estoy tan seguro.

PAMPLINAS.—(*A Cristina y Armando.*) Bueno, ¿entramos o que no me habéis perdonado y queréis ir solos?

CRISTINA.—¡Qué cosas tienes, papá! (*A Antoñito.*) ¿Va usted a empezar pronto?

ANTOÑITO.—Dentro de unos minutos.

CRISTINA.—Pues vamos. Anda, papaíto. (*Inician el mutis.*)

PAMPLINAS.—¡Qué joven estoy! A tu lado no parezco tu suegro, parezco... (*A Cristina en el mutis.*)

CRISTINA.—Cállate el parecer, que si te oye Armando te cargas, papá. (*Se van por el segundo derecha.*)

ANTOÑITO.—(*A Armando.*) Tú, espérate.

ARMANDO.—¿Qué ocurre? (*En este momento por la izquierda, charlando y vistiendo toilettes de noche entran MARGARITA y FLORA. Esta está desconocida de elegante. Margarita tiene un aire fatigado. Al verla, Armando se queda pálido e inmóvil.*) ¡Margarita!

MARGARITA.—(*No menos estupefacta y emocionada.*) ¡Armando!

ANTOÑITO.—(*A Armando.*) Esto era lo que quería prevenirte. Pero ya...

FLORA.—(*Avanzando.*) ¡Armando! Pero, ¿de dónde sales? ¿Cómo te va? ¡Siglo y medio sin verte! Enhorabuena. Ya me dijeron que te habías casado... ¡Vaya un día de encuentros! Aquí tienes... (*Señalando a Margarita*) otra personilla que también nos había olvidado... ¡Vamos, que ni que os hubiérais puesto de acuerdo!

ARMANDO.—(*Dándole la mano a Margarita.*) Hola, Margarita...

MARGARITA.—Hola, Armando. Creí que no querías saludarme.

ARMANDO.—¿Por qué no? Y además, esto me produce una alegría vivísima... (*Quedan hablando.*)

FLORA.—(*Aparte a Antoñito.*) ¿Qué hacemos nosotros, tú?

ANTOÑITO.—¿Qué vamos a hacer? Un mutis precioso. Ya no puede evitarse el encuentro y además es hora de empezar.

FLORA.—Entonces... ¿nos lavamos las manos?

ANTOÑITO.—Yo ya me las he lavado en casa. (*Se van por el imero derecha. Quedan solos Margarita y Armando. La mú- ca del baile ha cesado dentro.*)

MARGARITA.—¿Cuándo has llegado?

ARMANDO.—Esta tarde.

MARGARITA.—Yo también...

ARMANDO.—En el expreso de Hendaya.

MARGARITA.—¡Yo también he venido en el expreso!

ARMANDO.—¡Tiene gracia!

MARGARITA.—Y es raro que no nos hayamos visto.

ARMANDO.—Yo he venido en el departamento de "se. ras las".

MARGARITA.—Y yo en el departamento de "fumadores".

ARMANDO.—¡Entonces se explica que no nos viéramos! (*Ríen.*)

MARGARITA.—¿Cómo me encuentras?

ARMANDO.—Un poquitín más gruesa...

MARGARITA.—¡Hum! Malo...

ARMANDO.—Te he dicho que un poquitín. Eso te favorece.

MARGARITA.—¿Y lo demás?

ARMANDO.—Tienes un aire grave. De mujer que ha vivido. e mujer que ha sufrido.

MARGARITA.—Buen retrato. Tú estás igual que entonces.

ARMANDO.—He bajado mucho.

MARGARITA.—¡Cuánta coquetería!

ARMANDO.—Y el alcohol me está matando...

MARGARITA.—(*Alarmada.*) ¿Cómo? ¿Bebes?

ARMANDO.—No. Pero me doy fricciones.

MARGARITA.—¡Qué tonto! (*Va hacia la balaustrada mira al mar n instante y luego queda apoyada en la balaustrada de espal- as al horizonte.*) Te has casado... (*Una pausa. Armando no ontesta.*) ¿Quién es ella?

ARMANDO.—Una muchacha.

MARGARITA.—¿Nada más?

ARMANDO.—Nada más. (*De codos en la balaustrada.*) ¿Es poco?

MARGARITA.—(*Suspirando.*) Es mucho. (*Otra pausa. Mirándose os zapatos.*) ¿La quieres?

ARMANDO.—(*Después de una larga pausa.*) Sí. (*Otra pausa.*)

MARGARITA.—(*Arrebujándose en su abrigo.*) Aquí hace frío...

ARMANDO.—Esto está más resguardado... (*La lleva a los sillo- es de la derecha. La ofrece su pitillera.*) ¿Quieres un ciga- rillo?

MARGARITA.—Sí. (*Lo coge y lo mira.*) Fumas aquella misma arca...

ARMANDO.—Cuesta más trabajo cambiar de cigarrillos que ambar de... (*Enciende su cigarro.*)

MARGARITA.—¿De amor?

ARMANDO.—De carácter iba a decir. (*Margarita se echa a re de pronto.*) ¿De qué te ríes?

MARGARITA.—De unas definiciones que le oí decir una tar a tu padre, y que he recordado de pronto... no sé por qué.

ARMANDO.—¿Unas definiciones?

MARGARITA.—Sí. Decía que patrimonio es un conjunto bienes; y que matrimonio es un conjunto de males...

ARMANDO.—(*Sonriendo y yéndose por la tangente.*) ¡E papá!... Te advierto que sigue siendo el mismo.

MARGARITA.—Pero puede que ahora defina el matrimonio otra forma.

ARMANDO.—Igual. No hace diez minutos que lo estaba de niendo... No cambia en nada...

MARGARITA.—No cambiar es ser feliz.

ARMANDO.—¿Y tú? ¿Has sido feliz?

MARGARITA.—He cambiado continuamente.

ARMANDO.—Yo también. Todo el mundo cambia y varía...

MARGARITA.—Menos la Julia.

ARMANDO.—¡La Julia! ¿Qué vida ha llevado la Julia? E famosa...

MARGARITA.—Siempre a mi lado. Gruñendo más que antes. (*Riendo.*) En la última semana ha estado intratable.

ARMANDO.—¿Y eso?

MARGARITA.—¿Recuerdas aquel maldito folletín que empezó cuando empezó... lo nuestro?

ARMANDO.—Recuerdo hasta el título... Doce tomos... Cator mil y pico de páginas.

MARGARITA.—Pues lo ha acabado el lunes.

ARMANDO.—¡Sopla! ¡Cuatro años leyendo!

MARGARITA.—Y no hay consuelo para ella, porque al lleg al último tomo, se ha encontrado con que faltaban las vein páginas del final... (*Ríen.*)

ARMANDO.—¡Me gustaría haberle visto la cara! (*Cuando s risas se pierden en fuerza, hay un silencio. Y se oye dentro vals que se oyó en el tercer acto y que indica que Antoñito Flora están ya con su número. El efecto que esta música, recue do vivo de una época muerta, produce en Margarita y en A mando es extraordinario.*)

MARGARITA.—¿Oyes?

ARMANDO.—Sí. El vals de Antoñito y Flora. (*Una larga paus Se oye distintamente la música. Margarita oculta el rostro ent las manos.*) ¿Lloras?

MARGARITA.—(*Con un soplo de voz.*) Recuerdo. (*Otra pausc* Y me dan ganas de decirte todo lo que he sufrido (*Sin desc*

*brir el rostro.*) Y todo lo que he pensado de ti... Y todas las ilusiones fragantes que traía al volver... y todos los desengaños mustios que me llevaré ahora, cuando me marche de nuevo...

ARMANDO.—(*Que se ha levantado y ha pasado junto a ella alzándola y aprisionándola contra su corazón.*) Margarita, Margarita... No te vayas...

MARGARITA.—(*Encogiéndose de hombros.*) Palabras... (*Cesa la música dentro.*) Ya acabó. (*Se oyen aplausos lejanos.*) Así se acaba todo.

ARMANDO.—Hay algo que no se acaba.

MARGARITA.—Lo que no se acaba, lo acabamos nosotros.

ARMANDO.—(*Compadecido de Margarita.*) Yo te prometo...

MARGARITA.—No prometas lo que no puedes cumplir. Prométeme una sola cosa.

ARMANDO.—Dí.

MARGARITA.—Venir mañana al hotel, a despedirme.

ARMANDO.—Te lo prometo.

MARGARITA.—(*Con una chispa de esperanza en los ojos.*) ¿Vendrás? ¿De verdad que vendrás? ¿A las cuatro?

ARMANDO.—Sí. (*Se miran fijamente. Así quedan unos instantes, los suficientes para dar lugar a que CRISTINA aparezca en la puerta del segundo derecha y los vea. Luego Margarita se va por el primero derecha sin más palabras. Armando la ve ir y mueve la cabeza tristemente.*) ¡Pobre mujer!

CRISTINA.—(*Que lo ha visto todo impasible. Acercándose a Armando.*) ¿Por qué, "pobre mujer"? ¿Es que la quieres todavía?

ARMANDO.—(*Volviéndose.*) ¡Cristina!

CRISTINA.—Me juraste que ella no era para ti más que una historia antigua, y ahora...

ARMANDO.—Y no es más...

CRISTINA.—Pero tú la has querido y serías capaz de hacer algo por ella...

ARMANDO.—Cuando se ha querido a una mujer, Cristina, se puede hacer por ella todo... menos quererla otra vez.

CRISTINA.—Pruébamelo. Pídele el coche a tu padre y vámonos de aquí esta noche mismo... (*Por el segundo derecha sale PAMPLINAS indignado: le sigue ANTOÑITO.*)

PAMPLINAS.—¡Y agradéceme que eres amigo, porque si no te rompería una silla en la cabeza!

ANTOÑITO.—Pero, señor Jáuregui...

ARMANDO.—¿Qué pasa?

PAMPLINAS.—Pasa que este sinvergüenza es un sinvergüenza y que la rubia que está conquistando es mi rubia. (*A Armando.*)

¡Y esta vez no me callo, porque ahora sí sé lo que digo! ¡Y lo que digo es que me voy de aquí! ¡Muy lejos!

CRISTINA.—¡Estupendo, papá! Vámonos a Madrid. ¡Y en tu coche! ¡Ahora mismo! ¡Los tres!

PAMPLINAS.—(*A Antoñito.*) ¡Sí, señor! ¡Nos vamos! ¡Me voy! Y toma...

ANTOÑITO.—¿Qué es esto?

PAMPLINAS.—La llave de la casa de la rubia... ¡Y que aproveche! (*Inicia el mutis. Armando y Cristina ríen.*)

FIN DE LA OBRA

# LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Precio
del
ejemplar

50

céntimos

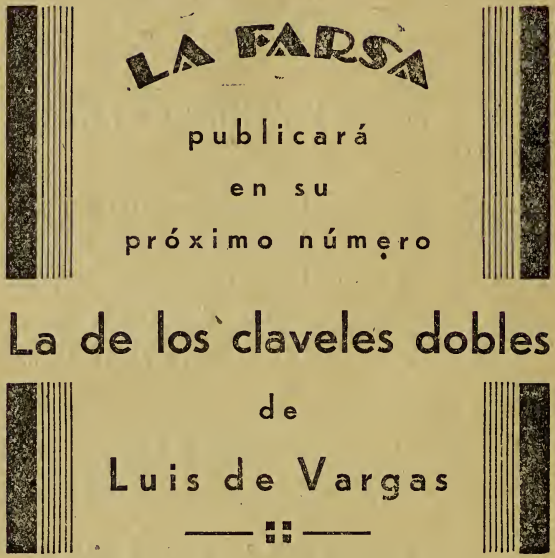
Las obras más interesantes
Las de más prestigiosos autores
Las que más expectación
hayan despertado
Las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18

M A D R I D


LA FARSA
publicará
en su
próximo número
La de los claveles dobles
de
Luis de Vargas

Se ha puesto a la venta el tomo 1.° de las

**OBRAS ESCOGIDAS**

de

# D. CARLOS ARNICHES

Contiene tres de las obras más representativas y celebradas de este ilustre y popular autor:

## LA CHICA DEL GATO,
## EL SEÑOR ADRIAN EL PRIMO
## Y LAS ESTRELLAS

Lleva, además, este primer tomo, un prólogo del gran escritor JOSE CARNER, en el que éste estudia, de modo magistral, algunas características del teatro de Arniches.

CUATRO PESETAS

*En todas las librerías y en Editorial Estampa, Paseo de San Vicente, n.° 18.—MADRID*

# LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.


RIVADENEYRA (S. A.)—MADRID